

SOLIDARIDAD OUVRIERE

Paris, Julio de 1954 * Supplément mensuel de SOLIDARITE OUVRIERE, porte-parole de la CNT d'Espagne en exil. * Precio : 40 francos — N° 484-7

LA CULTURA Y LA CIVILIZACION



Por GERMAN ARCINIEGAS y ha podido demostrar que en veinticinco siglos ningún país ha vivido tres periodos consecutivos sin que sobrevenga una gran guerra. En tres siglos de colonización bajo la bandera española, excepto la presencia de los nobles, y compartiendo la vida del menudo pueblo de la península y de los indios, hemos fundado la democracia. En un siglo de independencia, hemos asegurado la libertad. Semejante evolución debe ser considerada por lo menos como diferente de la de Europa. Nuestra cultura está en camino de hacer con una inspiración distinta en otras llanuras, sobre otras montañas. Sería ingenuo decir que somos ya cultos. En realidad, elaboramos nuestra cultura. En cambio, tal vez seamos ya civilizados.

La civilización de nuestro tiempo es el producto de un proceso universal de imitación. Es pasiva. La difusión del alfabeto, la más grandiosa empresa que haya soñado el siglo XVIII, es una cosa tan simple en nuestros días que con el método Laubach se ha enseñado a leer y a escribir a varios millones de personas en un solo año, lo mismo en China que en Méjico... Ocurre lo mismo en cuanto a las otras facilidades que la civilización ofrece al mejoramiento de la condición de las masas y al progreso de las naciones. Hoy, la civilización es más que cualquier otra cosa un problema de cantidad, un problema de dinero...

Hay otra cosa. En la evolución actual de la civilización interviene un factor enteramente nuevo : las comunicaciones. Todos los inventos se propagan hoy con una rapidez que no se habría soñado jamás en otro tiempo. La civilización, en nuestra época, no es ya un fenómeno circunscrito a un solo continente. Tiende a vaciar el mundo entero en el mismo molde. Europa vive, en una proporción mucho mayor de lo que ella imagina, sobre una civilización americana importada de América del Norte. Y nos damos más cabal cuenta todos los días de hasta qué punto la civilización, esa « luz » del siglo XVIII, no es sino un barniz superficial, un barniz relativamente fácil de dar. La civilización pasa sin detenerse en las paradas, cosa que no puede hacer la cultura.

Me parece, pues, que se emplea frecuentemente aún en Europa la palabra « civilización » en el sentido que le han dado los enciclopedistas, el de vehículo europeo del progreso, que permite aportar al resto del mundo las luces del Occidente. Los enciclopedistas, optimistas demolidores y apasionados, demasiado seguros de ser el centro inteligente del mundo habían olvidado que esa palabra era en plural : « las civilizaciones », y había estrechado su sentido.

Nuestro amigo MAX NETTLAU

El día 24 de julio se cumple el décimo aniversario de la muerte de Max Nettlau, militante libertario austriaco y gran amigo de los españoles. Nació Nettlau en Neuwaldegg, cerca de Viena, el 30 de abril de 1865 y su vida entera estuvo consagrada al estudio de los problemas sociales, destacándose no sólo como pensador sugestivo, sino también por su extraordinaria obra de historiador, de la cual queda constancia en distintas revistas de todos los países. Con motivo, pues, de este aniversario publicamos en las páginas centrales un estudio de Rodolfo Rocker, viejo compañero del desaparecido, al cual dedicó un libro que se titula « El Herodoto de la Anarquía », publicado en Méjico, cuya lectura es sumamente agradable e instructiva.



Foto de A. C. Adama von Scheltema-Kleefstra, archivista del Instituto de la Historia Social (Amsterdam) que, durante la ocupación nazi, socorrió a Max Nettlau, fué testigo de su muerte y por ella se conoció en el mundo la noticia del fallecimiento de este gran humanista.

TODA cultura es la cultura de una forma de espíritu particular, una meditación de varios siglos sobre la vida del hombre en un marco dado. Pronunciad una palabra, la misma palabra, en las mesetas áridas de Castilla y en las pendientes verdosas de los Andes : esa palabra tendrá dos coloraciones dis-

Tenemos todos allá abajo, en el otro hemisferio, antecedentes de tal suerte diferentes de los de los europeos, que se nos presenta a veces como pertenecientes a dos mundos opuestos. No hemos conocido la monarquía. Hemos gozado, o sufrido, de tres siglos de paz no interrumpida. Un erudito, en un estudio sobre Europa, ha dividido la vida de las naciones en periodos de veinticinco años

La primera alumna de español en Francia



NELLY NAELS es una muchachita de aire tímido y recogido que ha obtenido el segundo premio en los ejercicios de español de la primera parte del baccalauréat. Premio todavía más meritorio por ser mayor la importancia que desde hace unos años se le concede a nuestro idioma. En Francia, desde el punto de vista oficial, está considerado el español como segunda lengua extranjera, en paridad con el italiano y con el alemán, siendo el inglés el que tiene la primacía a lo que contribuyen las estrechas relaciones que en todos los órdenes mantienen ambos países, especialmente por la proximidad geográfica de los dos centros urbanos más importantes, con el consiguiente intercambio turístico que se desprende.

No obstante, el número de estudiantes del castellano aumenta sin cesar. Quizás sea debido al reconocimiento de la importancia que van tomando las repúblicas americanas de magnífico porvenir, a las que junto con nuestros defectos les dejamos también nuestra sangre y nuestra lengua en la mayor comunión entre pueblos que registra la Historia. En los Estados Unidos es hablado corrientemente por muchos nativos de Tejas y de California, y según las estadísticas, se está desarrollando tan pujantemente en los centros docentes, que puede afirmarse que ha hecho ya desapa-



• Pasa a la página 13 •

EN ESTE NUMERO :

- Pág. 2 : A la búsqueda de los orígenes ibéricos, por Fabián Moro ;
- Pág. 3 : Figuras hispánicas : Juan Luis Vives, por F. Ferrándiz-Alborz ;
- Pág. 4 : Un libro de Oscar Wilde que no he leído, por J. Carmona Blanco ;
- Pág. 6 : Sobre el mullido albero, por Francisco Frak ; Pág. 7 : La sal de la tierra, por Gerald Wendt ; Págs. 8 y 9 : Max Nettlau, por Rodolfo Rocker ;
- Pág. 10 : La mujer objeto de amor, por J. Chicharro de León ; Pág. 12 : Niñas ! ¿ Queréis virnagas ? , por J. Pérez Burgos ; Pág. 15 : La última novela de Zunzunegui, por Julio de Huici ; Pág. 16 : Un escritor ruso en París: Remizof, por José Czapski ; Eugenio O'Neill, dramaturgo de Norteamérica, por Hans Sahl ; Fondo y meta de la Filosofía, por María Zambrano.

A la búsqueda de los orígenes ibéricos

por **ETABIAN MORO**

¿Dónde proceden los iberos? ¿Qué han hecho en su tiempo, allá en los umbrales en que la Historia de la Humanidad empieza a contarse? ¿Cuáles son las particularidades y contenido de su civilización semi-velada aún por un misterio apenas desentrañado? He aquí tres preguntas que surgen al comenzar la lectura de cualquier tratado de Historia. Invariablemente, los que nos cuentan la historia universal, empiezan por el estudio y relato (en aquello que se sabe) de la civilización egipcia. Después vienen los asirios, los medas, los persas, los hebreos, etc. Y entran a hilvanar bien los cómputos históricos, a partir de Grecia. Los iberos son los iberos; así, de pasada, y ahí termina todo. Nos hablan de un pueblo como quien dice salvaje, que, a renglón seguido, se fusiona con los celtas invasores, de donde sale el pueblo celtíbero que los griegos y los fenicios « conquistaron » y colonizan, entrando como agente histórico activo a partir del pugilato preponderante de cartagineses y romanos. Para abrirse paso en la bruma espesa, que esconde lo que fué y lo que hizo el pueblo ibero, o mejor expresado, lo que fueron e hicieron los pueblos que habitaban la Península Ibérica, es preciso recoger allí y allá los datos parciales que las obras especializadas, al estudiar sus autores tal o cual característica histórica de los pueblos primitivos, aportan. Y reunidos entre sí, podemos entonces trazar un cuadro más vasto y profundo que nos da, aunque pálida, una respuesta a nuestras preguntas, situando a los iberos en un lugar más justo del que en los tratados de historia universal hoy ocupa.

Pero he aquí que, al pretender hacer lo que acabamos de señalar, tres hipótesis aparecen (tres o cuatro) entre las cuales no podemos afirmar abiertamente donde está la certidumbre. Estas hipótesis son:

Primera: Los iberos proceden de un rincón del Asia Menor que en la época

trayen y posibilitan la formación del pueblo berebere, como lo veremos en su punto y lugar. No obstante, señalemos una curiosa coincidencia que recogemos a través de nuestros estudios históricos, que vienen, como por casualidad, a dar una inclinación sugestiva en favor de la tercera hipótesis, o sea, los orígenes atlánticos de los iberos.

Merece ser desarrollada ampliamente esta hipótesis, mas no está en nuestro propósito hacer lo hoy y nos limitaremos a señalar lo siguiente: En los tiempos supuestos de la Atlántida, el

Mediterráneo no se había formado aún. Pero un mar se extendía pasando a través de la mayor parte de lo que hoy es el Africa, y de la actual Península Ibérica no existía más que la Meseta, extremidad del continente atlántico, antes de romperse el bloque que inicia la deriva de los continentes, americano por un lado y euro-asiático por otro, de donde resulta la configuración actual. Yendo por ese mar antes aludido, los atlánticos, o atlántidos, siéntan sus reales en el actual Egipto, siendo la civilización faraónica, resultante del legado cultural e intelectual, etc., de los colonizadores, si no fundadores del pueblo citado.

Asimismo, dícese que los bereberes son una rama menos desarrollada en espíritu creador que los tales atlántidos. Los iberos en este caso proceden de la Atlántida y su civilización adquiere mucho brillo, pero desaparece dejando tan sólo exiguos rastros que por el momento no es posible darles categoría de verdad histórica. Ahora bien; históricamente y sin vuelta de hoja los orígenes ibéricos están por descubrir. Los bereberes también. Y en cuanto a los egipcios ocurre tres cuartos de lo mismo. Champollion (no Champollion el joven que descifra los caracteres de la escritura jeroglífica egipcia) nos dice en su vasta, documentada y sugestiva « Histoire de l'Egypte » que los egipcios « podrían muy bien proceder de un pueblo etíope que se instala a orillas del Nilo, descendiendo su curso ».

Marius Fontaine en su « Histoire Universelle - Les Asiatiques » supone que son oriundos del Africa del Norte, puede ser que descendientes de los bereberes. En suma, existen cuatro o cinco suposiciones diferentes. Pongamos, además, la que señala el mestizaje de negros africanos y de asiáticos, probablemente mesopotámicos, cosa ésta de ninguna manera aceptable. Lo cierto que hay aquí, es el orgullo de los egipcios por tener la piel cobriza o roja exactamente como los pueblos americanos precolombianos (de intención me expreso así) y como los iberos tal como nos los describen los antiguos y modernos, y que en gran mayoría en poco se han modificado.

Pasando por alto la tesis (muy en boga en su tiempo y posteriores) del historiador judeoespañol, Josefo, según la cual los iberos eran gentes de Tubal, hijo de Jafet, podemos decir que tanto a la primera probabilidad señalada como a la segunda, se opone un serio fundamento. Una prueba capital, entre otras: la falta de similitud antropológica.

La hipótesis expuesta enlaza, pues, en primer lugar, a los iberos en la correlatividad de la historia de la Humanidad, ya que los cita como venidos de una familia de los primeros habitantes de

Caldea y de Asiria: los sumero-acadios. Sobre todo cuando se les atribuye el itinerario Africa del Norte, sur de España y fijación a orillas del Ebro, que así dejan en el camino grupos desgajados, los cuales intervienen en los orígenes del pueblo egipcio y berebere.

Aunque aquí, como en la hipótesis atlántica, ronda el trio interfamiliar egipcio-berebere-ibérico, la bruma no se despeja, no sólo por la razón capital que acabamos de citar. Hay además, un modo de vida peculiar a cada pueblo primitivo, una concepción propia de las relaciones colectivas, que viene de su psicología, de su temperamento, de su intinidad conceptual, reflejándose esto en la práctica de una moral original. Ello es, podríamos decir, la esencia étnica característica que cada pueblo plasma en la Historia. Pues bien, la civilización sumaria, cepa de donde salen todas las civilizaciones primitivas (excepto la egipcia) de los pueblos del Asia Menor: babilónica, troyana cretense, egeana y demás hasta su inmersión por las bárbaras indo-europeas, no tiene ningún parentesco ni similitud con la civilización ibérica. Los iberos son un mundo aparte en el antiguo mundo. Y sus costumbres, su contrato social, y su contrato moral son propios y opuestos a los otros pueblos contemporáneos.

Nos queda la cuarta probabilidad. La cual merece un estudio amplio por ser, documentalmente, la más aceptable.

Es obligado, pues, coordinar los antecedentes prehistóricos y para ello indispensable basarnos en las características antropológicas que nos definirán el pueblo mencionado con lo que encontraremos la posible clave de sus orígenes.

En el curso de la cuarta glaciación euroasiática, llamada de wurm, el hombre ha entrado de lleno en su cauce evolutivo, especializándose en el desarrollo cerebral, único recurso de supervivencia de esa especie débil, raquítica (en comparación a las potentes especies carnívoras contemporáneas) sin cualidad alguna de agilidad o potencia de armas naturales. Llamado a extinguirse, como tantos otros grupos específicos del terciario se extinguieron avasallados por la temperatura inclemente, forzado está a buscar guarida en las cavernas, con el león, el oso y la hiena. Sin ninguna duda, llamado por ese lado a ser exterminado también, pasto apetitoso de los carnívoros. Su inteligencia naciente y su voluntad instintiva le dan la posibilidad de salir airoso del duro trance. Y al finalizar el período glacial citado, cuando

todas las especies vegetales y animales hacen la gran revolución biológica, el hombre entra de lleno en las inquietudes intelectuales superiores: ha conquistado la sensibilidad artística y la civilización da comienzo.

Los tipos raciales han evolucionado un poco más en la retroversión maxilar y en la hipertrofia de la bóveda craneana y habiendo desaparecido casi por completo la visera arcociliar y el aspecto huido de la frente mezuquina. Pero los caracteres generales y fundamentales subsisten, y por ellos la posibilidad de definir los grandes grupos étnicos humanos y su parte de influencia en la aventura alucinante de la Historia. Ahí está el tipo llamado de Grimaldi, puente transitivo entre el blanco y el negroide. Ahí está el Cro-Magnon, aventurero que puebla los hoy estériles parajes arenosos del Hoggar, un tiempo fertilísimas y paradisiacas regiones; tipo que vive en Europa también. Resultante de muchas etapas por las que a través de decenas de miles de años el primate roedor ha venido a ser el Homo Sapiens, hombre del Neolítico, el Cro-Magnon es el principal poblador de Europa ya en el período anterior o paleolítico superior, y termina su rol legando a sus sucesores el arte rupestre magdaleniano. El profesor de Paleontología y director del « Musée de l'Homme » de París, señor Arambourg, dice de él que corresponde a

un tipo « elevado de organización física » y ha dejado en los restos de su industria y en sus manifestaciones artísticas, las trazas de su psiquismo superior, cualitativamente comparable al de las poblaciones modernas más evolucionadas. G. Arambourg « La Genese de l'Humanité ». Colec. « Que sais je? » des Presses Universitaires de France 1948.

Al lado de los tipos citados se desarrolla otro llamado de « Langarie-Chancelade » o simplemente « Chancelade », del nombre del lugar donde sus restos fósiles fueron hallados. Vivió en el extremo occidental de Europa. Y sus características son: talla pequeña, cráneo dolicocefalo, fuerte mandíbula, nariz recta, piernas robustas. El autor citado supone que estos habitantes de Europa podrían ser muy bien los ancestros de los esquimales de Groenlandia. Emigrados allí como el reno y otros animales adaptados al clima frío, al producirse la oscilación glacial y el deshielo en Europa. Hace constar sin embargo que « también ciertos antropólogos han combatido este punto de vista ». Efectivamente, tanto Deniker, antropólogo que fué de gran autoridad científica, como el profesor Pittard piensan que el hombre de Chancelade es, en el límite de su grado evolutivo y tiempo, originario del Mediodía europeo. Da lugar al « Homo Meridionalis » de Lapuge, y éste produce el ibero. Los caracteres antropológicos de los tres tipos citados, son correlativos y fundamentalmente idénticos. La base esencial de esta tesis se halla en la talla y en la configuración craneana coincidentes. Los estudios y documentos paleontológicos, antropológicos y etnológicos de España y Portugal permiten concluir que el hombre de Chancelade, dolicocefalo, vivió y se desarrolló principalmente allí, « Homo meridionalis » creador del arte franco-cántabro, principal exponente de una etapa primitiva de la civilización humana.

En la aurora de la Humanidad, pues, Iberia se encuentra poblada. Sus habitantes, salidos apenas de la animalidad, comienzan a liberarse del determinismo de los instintos, y entrado apenas en la conciencia, manifiestan una sensibilidad artística, que asombra aún hoy a la distancia de cincuenta mil años, habiendo sido cualitativamente a penas superada. No sólo por lo que supone el arte realista, expresado en las bóvedas de las cuevas famosas de Altamira (« Capilla sexta del arte prehistórico »). Además es otro arte pictórico de original factura, viviente, dinámico; esas formas esque-



de las grandes migraciones humanas, de los tiempos primitivos, se fijaron en la península del extremo occidental de Europa, desarrollando allí una civilización original (« Historia de España », Rafael Altamira).

Segunda: Los iberos son, un desgajo del tronco berebere que crea una personalidad propia, pero guarda todas las características fundamentales de la capa originaria, idiosincrasia y desenvolvimiento social. (Tesis de Gonzalo de Reparaz y Miguel de Unamuno.)

Tercera: Los iberos son originarios de la Atlántida fabulosa. Ningún apoyo documental concluyente y aceptado existe para el mantenimiento de esta tesis hoy por hoy; antes es preciso la « demostración histórica » del continente desaparecido. Muchos fenómenos estudiados en el terreno de la geografía, de la biología, de la botánica, de la etnología, y de la lingüística, etc., respaldan la hipótesis de la existencia del continente Atlántico, así como las leyendas que los griegos primitivos por tradición recogieron.

Cuarta: Los iberos son originarios de la península, donde su personalidad y su civilización se desarrolla.

Señalemos por último, a título de leyenda curiosa, lo que respecto a los celtíberos, transcribiendo relatos de antiguos historiadores griegos, una muy antigua « Geografía et Histoire des Gaules » nos dice:

« Comentario de Eustato ». De esos iberos de Europa, los iberos orientales son una colonia como la de los galatas europeos y los de Asia cerca de Ankyre; celtas e iberos son hijos de Heráclito y de una mujer bárbara y de ellos vienen esos pueblos. »

« Encima de ese promontorio de Alybe está situada la feliz Tartesia; después vienen los kempes que habitan al pie del monte Pirineo, el cual separa los celtas y los iberos. »

Como se ve, este relato aunque un tanto obscuro no deja de tener su parte de certeza, cosa que haremos ver en otra ocasión. Por el momento, de esas cuatro hipótesis señaladas, tenemos, de primera intención, que descartar tres. Veamos: la primera no es afirmada rotundamente y queda en la vaguedad. La segunda ha tenido crédito y aún lo tiene, por algunas circunstancias de supuesta identidad que concurren, visto de qué manera se entrelazan algunas particularidades psicológicas y visto, también, cómo desde los más remotos tiempos se mezclan en la Historia, y aún en la Protohistoria los pueblos bereberes e ibéricos en razón de su vecindad. Pero no podemos quedarnos con ésta, tanto más cuanto que el orden cronológico e influyente debe ser más pronto invertido, es decir, que son los iberos quienes in-



máticas repietas de gracia y de vida que llevan el título de « Arte del levante español ». Mucho tiempo pasado en silencio, desdeñado, es hoy objeto de estudio profundo y de justa admiración. Se coincide, pues, en que Iberia, de norte a sur, es uno de los focos de cultura más desarrollados de la humanidad prehistórica. La homogeneidad morfológica del hombre de Chancelade u « Homo meridionalis » da lugar, pues, a la clasificación antropológica de ese tipo humano según el medio donde se desenvuelve, y ya más evolucionado. Y se le llamará por la antropología moderna, el tipo ibero-insular. Este tipo, aparece con una uniformidad chocante en la actual población hispano-portuguesa. Ni que decir tiene que a través de los tiempos históricos ha presentado los mismos caracteres y ello, cosa singular, a pesar de las inmensas invasiones que su suelo ha sufrido. Forma parte, en fin, de una de las cinco grandes razas (antropológica y étnicamente hablando) de la humanidad euro-asiática.



En ocasión del cuatrocientos catorce aniversario de la muerte de Juan Luis Vives, el Centro Regional Valenciano de Montevideo celebró un acto de homenaje al gran humanista valenciano. El profesor de Historia de España de la Facultad de Humanidades, Dr. Armando D. Pirotto, en el transcurso de su disertación en dicho acto, demostró estar tan familiarizado como versado en la interpretación y valoración de Vives. Las líneas que siguen no pueden ser, por falta de notas, un resumen de la magnífica conferencia del profesor Pirotto, desarrollada ante el numeroso público que llenaba el salón de actos del Centro, desgraciadamente para los lectores, pero afortunadamente para ellos, tampoco es resumen de las deshilvanadas palabras con las que el autor de estas líneas se vió obligado a presentarlo.

Nuestro propósito es simplemente destacar la personalidad del gran humanista español en el proceso de la historia de España y del pensamiento filosófico español, contribuyendo a divulgar lo que España aportó al pensamiento vivo, humano, del resurgimiento general de Europa, que no es tan poco como suponen los inquisidores del siglo XX, en nombre del cientificismo, tan romos y brutales como los inquisidores del siglo XVI.

Juan Luis Vives nació en Valencia en 1492. El mismo año que España alcanza, con la reconquista del reino de Granada, la unidad geográfica, conservando aún la integración espiritual de la compleja psicología que la caracteriza. En ese mismo año, se realiza el descubrimiento del Nuevo Mundo. Si los reyes Isabel y Fernando representan la culminación histórica de España en la formación de las nuevas nacionalidades europeas, Vives es la expresión filosófica, contribución la más destacada de España al Renacimiento de Europa. Si Vives hubiera sido la única aportación española a dicho Renacimiento, podríamos dudar de la madurez intelectual de España en aquellos tiempos. Afortunadamente, no fué así. La escuela de cartografía de catalanes y mallorquines en los siglos XIV y XV; el establecimiento de la primera imprenta en Valencia en 1474; Francisco de Vitoria y Fernando de Rojas; los viajes y descubrimientos en África, América y Asia; la arquitectura isabelina y el plateresco; el cardenal Cisneros, Lope de Rueda y Juan del Encina; la Biblia Políglota Complutense; Teresa de Avila; invención de la brújula de variación por Felipe Guillén, éstos son unos cuantos hechos contemporáneos de Vives que definen la prosapia espiritual de España en el período de su formación nacional.

La Universidad de Valencia fué creada por la bula del pontífice Alejandro VI (el valenciano Borja) de 23 de enero de 1501, y privilegio del rey don Fernando del 16 de febrero de 1502. En ella hizo sus estudios Luis Vives. A los 17 años de edad, 1509, llega a París, estudiando en La Sorbona y en los colegios de Beauvais y Montaigne. Tres años después se radica en Brujas. Se va extendiendo su fama. En 1519, a los 26 años de edad, es nombrado profesor de la Universidad de Lovaina. Su magisterio alcanza tanta dimensión de saber que se convierte en el centro de relación de monarcas y sabios de su tiempo.

Acuden a él en busca de consejo figuras como el papa Adriano VI, Enrique VIII de Inglaterra, Carlos I de España, deseando hallar un justificante a sus pugnas bélicas y querellas dinásticas. En el terreno de las relaciones políticas y morales fué amigo del cardenal inglés Wolsey, árbitro y juez de la diplomacia europea; de Tomás Moro, símbolo de aquel mensaje de nueva cristiandad que se refleja en su « Utopía »; de Nebrija, sabio entre los sabios humanistas españoles, introductor en España del renacimiento latino, autor de la primera gramática europea, y a cuya muerte la Universidad de Alcalá de Henares propuso a Vives para que ocupara su cátedra, honor que rehusa Vives; de Erasmo de Rotterdam, espíritu complejo y múltiple en la gran polémica del Renacimiento.

Menéndez y Pelayo considera a Vives superior a Erasmo en filosofía, en los siguientes términos: « En lo poco que (Erasmo) trató de filosofía, es un escritor insignificante, sobre todo al lado de Vives ». Poco honor, indudablemente, representa superar a un insignificante, pero el sectarismo de Menéndez y Pelayo lo coloca en esta contradicción valorativa. Más digna de atención creemos es la opinión del mismo Erasmo, cuando dijo: « no había parte alguna



de la filosofía que le fuese extraña (a Vives), y que en la facilidad y elegancia del decir apenas había en aquel siglo quien con él compitiera, antes parecía nacido en los tiempos de Cicerón y Séneca ».

¿ Fué Vives erasmista? Así lo reconocen, incluso el ortodoxo Menéndez y Pelayo, aunque lo desvanecen en sutilezas cristianas. Pero el mismo autor de « Historia de los Heterodoxos Españoles », recuerda que « Luis Vives como Vergara y Tomás Moro, nombran a Erasmo con indomato amore », lo que no fué obstáculo para que Moro alcanzara el martirio, y hace poco la santidad, y Vergara la cárcel de la inquisición. Respecto de Vives, su correspondencia con Erasmo expresa admiración, respeto y cariño. En una de sus cartas, la de 20 de julio de 1527, interesado por la suerte de Erasmo en sus pleitos con la Inquisición Española, dice: « todos los que vienen de España me cuentan que por tu causa Vergara ha sufrido las más duras luchas de parte de los frailes. Es el hombre más recto y sincero. Abraza tu doctrina y la defiende. Es allí, según informes, un orador muy ilustre y de costumbres absolutamente irreprochables. El hombre de vida más íntegra. Si lo conocieras lo amarías y lo inscribirías en el número de tus amigos, sobre todo de tus amigos de élite, empleando la palabra de uno de nuestros compañeros... Lo que le induce a respetarte, defenderte y admirarte, según sus medios, no es la utilidad y el interés, sino, sobre todo, porque se da cuenta que tu enseñanza brota de la pura y verdadera fuente de la piedad cristiana... Los que siguen tu doctrina han pedido al Inquisidor informar sobre la obra de Tomás y Scotot. Tus amigos quieren hacer reexaminar sus doctrinas para ver si ellas no contienen nada extraño a los escritos místicos y a las antiguas escrituras de nuestra religión. Reclaman que se les juzgue desde este pun-

to de vista que se les considere como heréticos... » Y como detalle del calor con que los erasmistas españoles se empeñaban en la defensa de Erasmo, informa: « Alvaro me ha enviado al mismo tiempo la carta en español de Virués a un cierto Minorite, cuyo prestigio y nombre son grandes en España. Esta carta recorre toda la península y todos la leen con aprobación. Está escrita en nuestra lengua, en un estilo bier ágil. La he traducido al latín para que la conozcas ». Y se despide con un saludo en él habitual « Que te conserves bien, querido preceptor y padre ». (Un resumen del pleito erasmista en España, se puede leer en « Historia de los Heterodoxos Españoles », de Menéndez y Pelayo. Para un estudio superior, véase « Erasmo y España », de M. Bataillon).

¿ Fué Vives hijo de judíos? La cuestión la ha actualizado Américo Castro en su libro « España en su historia », quien cierra su comentario con estas palabras: « Un estudio interno y minucioso del pensamiento del gran filósofo — mezcla de rara inquietud intelectual, de ascetismo hurafío, de devoción sorprendente en un seglar, de utopismo idealista, de crítica violenta — haría ver (me parece al menos) que Vives no engrana con nada de la España cristiana de su tiempo y sí con mucho de su tradición judaica. Algún día se aclarará el problema ». (La iglesia española se opone al esclarecimiento de este posible origen judaico de Vives, lo que no deja de ser un absurdo en una secta que ha colocado a una judía, María de Nazaret, en el pináculo de su devoción, sin que aparezca en los textos renegara del judaísmo, limitándose a amar a su hijo y a sufrir por él, y a un judío como Jesucristo).

¿ Cuáles son las aportaciones de Vives al pensamiento renacentista de España? En primer lugar, su especial manera de entender el humanismo. El valenciano supera el sentido de vuelta a la cultura clásica a través de los clásicos textos, y hace de las letras clásicas un instrumento de conocimiento del hombre, de preocupación por el hombre, de amor al hombre, dando a su obra una finalidad concreta de salvación del hombre y de comportamiento de éste en la vida. Su obra fundamental — aunque todas las suyas son fundamentales — los « Diálogos », se halla saturada de ese sabor de humanidad en la realidad del hombre como ser ligado a los demás seres. Por encima del contenido nacional, religioso, de escuela filosófica, Vives coloca al hombre como elemento de relación y convivencia.

Científicamente, su obra tiene planteamientos vitales para nuestro tiempo. En el campo de la educación de los niños, el tema de las escuelas jardín lo encaraba en términos aún válidos. En « Introducción a la Sabiduría », hace una magistral discriminación sobre los conceptos conducentes al conocimiento humano, adelantándose al inglés Francisco Bacon, señalando el método inductivo como el camino certero de la ciencia y de la verdad. En su libro « Del Alma y de la Vida », establece normas de investigación psicológica que han sido clásicas en el terreno de la ciencia pura y de la psicología aplicada a la educación. En « De la Instrucción a la Mujer Cristiana », se manifiesta como precursor de Fray Luis de León en « La Perfecta Casada ».

Su obra incide constantemente sobre el binomio moral marido-mujer, dedicando además del ya citado libro sobre la mujer cristiana, otro titulado: « Del oficio o deberes del Marido ». Ni escapó a su curiosidad y meditación el problema social, que lo planteaba cristianamente en su libro « De la Limosna de los Pobres ».

Este sabio humanista, orgullo de la humanidad, vivió fuera de España. ¿ Por qué no regresó a su patria? En el libro del doctor Gregorio Marañón « Españoles fuera de España », libro asmático, cosa lamentable teniendo en cuenta que su autor es uno de los más destacados clínicos del mundo, se desarrolla una serie de ambigüedades sobre las causas que impidieron a Vives regresar a España, sin denunciar la única verdad verdadera, la de su repudio a la inquisición, como lo comprueba el hecho de que padeciera cárcel su amigo Vergara, del que tan alto concepto tenía, como lo testimonia en su carta Erasmo cuyos párrafos hemos traducido. Juan Luis

Vives pertenece a la tradición de la España liberal, constructiva, y por eso emigrante o exilada para poder trabajar y opinar sin miedo a inquisidores teológicos, castrenses o falangistas.

Uno de los más arduos problemas que se le plantearon fué el de la sucesión a la corona de Inglaterra. Los ingleses practicaban la ley sálica, que prohíbe a las mujeres la ascensión al trono. Catalina de Aragón, esposa de Enrique VIII procurando por los derechos de su hija María, recabó el juicio de juristas y el dictamen de Vives, basándose en la historia y en el derecho, se declaró partidario de la infanta María, lo que fué otro motivo de animosidad del rey Barba Azul.

Por haber escrito en latín sus obras, no alcanzaron popularidad sino entre doctos. Hoy, las traducciones se van extendiendo cada día más, con poder de actualidad discursiva cada vez más dilatada, manteniéndose como obra clásica de todos los tiempos.

Al acentuarse la decadencia española en los siglos XVII y XVIII, Vives quedó olvidado en los anaqueles universitarios, pero hoy adquiere presencia y testimonio de magisterio. Y nos habla en sus escritos con estilo de autenticidad hispánica, senequista. En una de sus cartas a Erasmo, después de referirse a la vanidad de las glorias humanas, dice: « si de alguna manera puedo convertirme en útil a la civilización humana, creo que eso será lo sólido y durable. Te digo esto para que no me presentes tantas veces el fantasma de la gloria bajo la forma de algo seductor. No concedo, tú lo sabes, absolutamente nada a la gloria y que ella no me alcanza ni con el más ligero soplo. Tú me atraerás mucho más hablándome de cosas de interés público ».

De la probidad y lealtad a sus principios, habla muy alto su conducta cuando Enrique VIII de Inglaterra, que le había confiado la educación de su hija la princesa María, futura reina de Inglaterra, le pidió parecer sobre el divorcio que deseaba obtener de su primera mujer Catalina de Aragón, para casarse con Ana Bolena. Ese pleito de alcaoba costó la cabeza a Tomás Moro. Sin embargo, Vives expuso claramente su pensamiento contrario a los deseos del rey Barba Azul. Pasó unos meses en la cárcel, perdió su cátedra de Oxford y tuvo que salir de Inglaterra. Sin embargo, Erasmo, consultado por Enrique VIII, no estando en Inglaterra, contestó con evasivas y en carta a Vives quiso justificar su cobardía diciendo que siempre es malo no doblarse al parecer de los poderosos.

Indudablemente, fué Vives maestro de ciencia y vida hasta el día de su muerte, acaecida en Brujas en 1540, a los cuarenta y ocho años de edad, del mal de gota, que hacía estragos en su tiempo.



● En Almagro, provincia de Ciudad Real, se conserva el último de los corrales de comedias de España, en el que, tras unos trabajos de reparación, se proyecta representar las obras del teatro clásico español.

● Se han celebrado en Würzburg (Alemania) una serie de actos de carácter hispánico, interpretándose una obra del compositor Lehner sobre « La discreta enamorada », de Lope de Vega, en su versión de Hans Schlegel.

● Los jornadas hispánicas de Nimega, en Holanda, han reunido a más de doscientos congresistas de todo el país. Con este motivo, el profesor Van Praag, de Amsterdam, comentó la historia del hispanismo en Flandes.

● En el Instituto Francés de Historia Social hizo recientemente una charla nuestro amigo Carlos M. Rama, profesor de la Universidad de Montevideo, versando sobre el tema de « El movimiento obrero y socialista en la España contemporánea ».

UN LIBRO DE OSCAR WILDE

QUE NO HE LEIDO

Lo que antecede me permite añadir que si hace un par de meses me hubiera visto en el brete de escribir un prólogo a la « Balada de la Cárcel de Reading » de Oscar Wilde, mi punto de vista, aunque ciertamente peor expresado, hubiera sido muy semejante al que manifestó Albert Camus en tal oportunidad.

Tuve ocasión de conocer el referido prólogo gracias a un fragmento publicado en la revista Arts de París y otro en Sur de Buenos Aires; y aunque creo que esas selecciones no deben constituir la totalidad del trabajo de Camus, me parece que encierran por lo menos lo fundamental de su enfoque. Quizás la coincidencia de apreciación tuvo que ver en mi juicio, pero es lo cierto que las partes que me fué dado leer me gustaron. Comparé la recia prosa de Camus con el prologazo que Sartre le dedicó a su existencialmente invertido descubrimiento de este siglo, y hallé otra vez el paralelismo de encontronazos que caracterizan por comparación a las respectivas obras de estos dos escritores contemporáneos.

Posteriormente he hecho un descubrimiento « erudito » que a más de uno se le va a antojar el Mediterráneo. He leído « Oscar Wilde » de Thomas H. Bell. Pero no es el interesante libro de Bell a lo que me refiero cuando hablo de descubrimiento, aunque a él lo deba. He tenido mi primera noticia sobre un libro de Oscar Wilde que se titula *The Soul of Man Under Socialism* (« El alma del hombre bajo el socialismo »). Fué escrito con anterioridad al encarcelamiento de Wilde, en pleno apogeo de su elegante gloria. Thomas H. Bell, que escribió su libro con el expreso propósito de estudiar a Wilde como sociólogo — aspecto en verdad muy desconocido hoy, aunque seguramente no lo es para quienes han vivido a principio de siglo —, transcribe cuatro páginas de *The Soul of Man* que han tenido el poder de transformar una parte importante del concepto que yo tenía formado sobre Oscar Wilde. Mi creencia — ojalá sea errónea — en el desconocimiento actual de ese libro de Wilde es la única justificación del presente artículo.

No es preciso hurgar mucho para comprobar que ningún país europeo escapó a ese torbellino de ideas que constituyó las postrimerías del siglo XIX y comienzos del XX. Torbellino que mezcló en una sola masa bastante híbrida a la genialidad artística con la Revolución, el snobismo y las desviaciones sexuales. El eco del juicio que el puritanismo escandalizado estableció contra la Inglaterra victoriana ha llegado hasta nuestros días. Gide, en Francia, era por su parte un ejemplar digno de su época. El genio artístico y la Revolución nada ganaron en el alboroto. Algo perdieron en él. No por el qué dirán sino por el propio resultado de la mezcla.

Pero Wilde es a los ojos de nuestra generación, cuando más, un snob genial y pederasta. A través de las cuatro páginas de « El alma del hombre », que Bell me ha dado oportunidad de leer, completo el cuarto aspecto de que yo carecía para presentar a Oscar Wilde como el tipo más característico de la amalgama, que encierra en su personalidad y de un modo entero los cuatro citados factores del torbellino XIX-XX.

Las ideas socialistas de Wilde están determinadas, como el propio Bell hace notar, de un lado por la evidente lectura de Proudhon, del otro por su estrecha amistad y respeto hacia Kropotkin. Sobre estas bases indudablemente sólidas Wilde estructuró genialmente los más claros conceptos que sobre un socialismo libertario me ha sido dado conocer:

El socialismo, el comunismo, o como quiera que se desee llamarle, mediante la conversión de la propiedad privada en patrimonio público, y la substitución de la competencia por la cooperación, restaurará la sociedad en su condición propia de organismo enteramente sano y asegurará el bienestar material de cada miembro de la comunidad. En realidad, dará a la vida sus bases correspondientes y su propio medio ambiente, pero se necesita algo más para lograr el desarrollo completo de la vida hasta su más elevada forma de perfección. Lo que se necesita es individualismo. Si el socialismo es autoritario, si existen gobiernos armados con poderes económicos, tal como lo están ahora con poderes políticos, si, en una palabra, estamos llamados a tener tiranías industria-

MIS conocimientos sobre Oscar Wilde como hombre y como escritor eran hasta hace muy poco como creo que son los de la mayoría de las gentes. Le conocía parcialmente en su teatro, cuyo brillo no llegó nunca a deslumbrarme; en sus *Stories* (Cuentos); en su *De Profundis*; en su « Balada de la Cárcel de Reading »; fragmentariamente también en su epistolario. Sabía, como todo el mundo, sus tribulaciones homosexuales. Esto último, quíerose o no, sumado a la anécdota de la perla en el vino y algunas otras más, había pegado a mi retina un preconcepto de frivolidad para mirar al hombre, y me había asimismo alejado del escritor, que sólo en la « Balada » legraba inspirarme un respeto profundo.

La lectura de su discutido *De Profundis* recuerdo que produjo en mí cierta sugestión: a través de su brillante prosa y la armonía que hallé en los conceptos estéticos que Oscar Wilde supo verter genialmente en su carta-confesión. Por otra parte acude también a mi memoria un regusto desagradable, temperamentalmente desagradable, ante sus afeminados lamentos de consentimiento. Sus lastimeros reproches a Douglas llegaron a exasperarme y no precisamente contra Douglas. Lo que pene de manifiesto mi incapacidad, sin ostentación, de comprender a Oscar Wilde en su íntima circunstancia.

por J. Carmona Blanco

les, entonces el último estado del hombre será peor que el primero.

Está claro entonces que no servirá ningún socialismo autoritario, porque aun bajo el sistema actual, una gran cantidad de personas pueden llevar una vida que contiene cierto grado de libertad y expresión y felicidad, mientras que bajo un sistema cuartelesco industrial, o un sistema de tiranía económica, nadie tendrá ninguna de esas libertades a fin de cuentas. Es de lamentar que una parte de nuestra comunidad deba hallarse prácticamente en la esclavitud, pero proponer resolver el problema esclavizando a la comunidad entera es infantil.

El individualismo es, por lo tanto, nuestra meta a través del socialismo. Como un resultado natural, el Estado deberá abandonar toda idea de gobierno. Todas las formas de gobierno son fracasos. El despotismo es injusto para todo el mundo, incluyendo al déspota que tal vez haya sido creado para mejores cosas. Las oligarquías son injustas para la mayoría y las olocracias son injustas para la minoría. En un tiempo se forjaron grandes esperanzas en torno a la democracia, pero la democracia significa simplemente el apealeo del pueblo, por el pueblo, para el pueblo. Debo decir que se ha descubierto que toda autoridad es degradante. Degrada a quien la ejerce y degrada a aquellos sobre los cuales se ejerce.

He aquí la clara síntesis que del socialismo libertario nos dió Wilde. Comparto con Bell la opinión de que será difícil hallar, aun en los más brillantes filósofos del anarquismo, otra más clara o más libertaria. Y es ese hombre que supone tener mirada tan sagaz para los problemas de su época y de la nuestra, el mismo que se refocila hasta producir asco ante los manjares de una mesa servida en el aristocrático ambiente del Savoy. He aquí también el drama del genio victoriano que, rebelado contra la impasibilidad conservadora de su medio ambiente, prefiere consciente e inconscientemente el escándalo. La inmoralidad lanzada a la faz de una sociedad burguesa, metódica y rutinaria, perada a los prejuicios de una moralidad que sólo es buena en cuanto sirve a sus mezquinos intereses de clase. A Wilde el escándalo de la rebelión lo llevará tan lejos, que todos sus anhelos de una sociedad más justa quedarán resumidos en un frenético deseo personal de sentirse compadecido en su desgracia repulsiva. La más sublimada delicadeza puede llegar a tener la putrefacta faz del vicio por oposición desenfrenada hacia el medio ambiente.

Tengo para mí a estas alturas que el puritano encarcelamiento de Oscar Wilde no significó en verdad para él un despertar de su conciencia al sufrimiento humano. Fué, me parece mejor, su inevitable caída hacia el reencuentro de su conciencia, encaramada al error por la locura de los halagos, por la estupidez de la confusión que una estética excesivamente estilizada puso en su vida.

Recoge Camus en su prólogo la anécdota relatada por Wilde en su *De Profundis*, según la cual un preso, en el patio de la cárcel de Reading, le ha-

bria dicho: « Oscar Wilde, le compadezco porque usted debe sufrir más que nosotros ». A lo que Wilde habría contestado: « Todos sufrimos igualmente en este lugar ». Y añade Camus: « Me equivoco acaso al pensar que en ese instante preciso Wilde conocí una dicha de la que jamás había tenido idea antes? »

Creo ahora sinceramente que Camus se equivoca, como yo me hubiera equivocado. Los párrafos de Wilde transcritos más arriba encierran sin duda alguna un concepto universal del sufrimiento. Fueron seguramente escritos desde un plano intelectual, pero ¿no es el sufrimiento intelectual el más agudo, por ser el que más cuenta se da de sí mismo? Es dudoso que Wilde, aun en medio del frívolo ambiente que gustaba frecuentar, no hubiese tenido anteriormente un contacto directo con el sufrimiento humano. No cabe dudar, al menos, que su amigo Kropotkin debió hablarle mucho de ello. Pero es absolutamente cierto — ese famoso libro que no he leído me lo ha enseñado — que Oscar Wilde poseía, antes de su encarcelamiento, una idea concreta y clara del sufrimiento:

Es mucho más fácil simpatizar con el sufrimiento que simpatizar con las ideas... Pero los remedios no curan la enfermedad, sólo la prolongan... Han tratado, por ejemplo, de resolver los problemas de la pobreza manteniendo vivo al pobre... Pero ésta no es una solución, es un agravamiento de las dificultades. El objetivo apropiado es tratar de reconstruir la sociedad sobre una base tal que la pobreza sea imposible.

Quien puede hablar de la simpatía hacia el sufrimiento humano en la forma que lo hizo Wilde, tiene que haberlo conocido con seguridad en alguna forma. Huvó de él durante años, es cierto, pero el sufrimiento, que le conocía la cara, le estuvo aguardando pacientemente en una esquina que Wilde por temperamento tenía forzosamente que doblar. Tampoco le valió de mucho, porque llegó al reencuentro destruido de tanta huída. La « Balada » y un par de artículos fueron un destello fugaz en su caída. Llegó muerto a la suerte, y el castigo, en lugar de quemar su sangre en rebelión, fué puntilla definitiva.

Mas el destello aunque fugaz fué luminoso. La « Balada » permanecerá en nuestro mundo por lo menos tanto cuanto nuestro mundo permanezca con su injusta faz. La « Balada » es fruto de la cárcel, respecto a esto no hay ninguna duda, pero de la cárcel vista y vivida con la previa intuición del sufrimiento, con conocimiento exacto del estado injusto de la sociedad:

Pero lo que sí sé es que toda ley que los hombres hicieron para el hombre, desde la primera vez que el hombre tomó la vida de su hermano y tuvo comienzo este triste mundo, desecha el grano y guarda la paja con la peor de las cribas.

Esta hermosa estrofa, que es el eje filosófico de toda la « Balada », expresa una certidumbre que Wilde tenía, como hemos podido ver, desde mucho antes. Sólo el engrimiento de una posición privilegiada, desviación de sus

convencimientos íntimos manifestados, pudo crear ese repugnante abismo que percibimos entre sus ideas y sus hechos. Solamente así podemos quizá relacionar su pensamiento con su dispendiosa vida.

Las primeras manifestaciones del joven Wilde son de extremista oposición a la hipócrita virtud puritana de su medio ambiente. Empieza con el escándalo del snobismo — pelo largo y pantalones cortos — y termina en la más inmunda de las desgracias. Porque Wilde, inconsciente o confiado en su genio, del que se sabe poseedor, elige los peores medios que le es dado elegir a un hombre digno que abraza una idea digna: los propios medios de sus enemigos. Su derrota estaba absolutamente determinada... por su voluntad de inconsciente o equivocado. La caricatura que con su persona hizo de su época le costó el precio más caro que puede pagar un hombre. Tan caro que no hay ideología que lo valga.

El *De Profundis*, esa confesión escrita desde su celda, contiene hermosas páginas dibujadas con tranquilidad genial. La totalidad de la obra se halla moteada de lamentables recortes y pequeñas perfidias que recuerdan — la comparación es inevitable — las cotidianas preocupaciones que tienen las mujerzuelas de desprendido vivir. Pero también es verdad que es fácil adivinar a un Wilde en absoluta posesión de su personalidad. Un Wilde que maneja con entusiasmo sus poderosos recursos de genial literato, con el solo propósito de ofrecer al mundo una imagen lo más perfectamente compadecible de su persona.

Creo ahora, a pesar de todo, que en su desgraciado estado de presidiario, Wilde pudo haber encontrado, y seguramente encontró, ayuda en lo que en algún momento de su vida había escrito:

La desobediencia es para cualquiera que haya leído historia la virtud original del hombre. Es a través de la desobediencia que se ha hecho el progreso, a través de la desobediencia y de la rebelión...

¿No es esto acaso lo que en tal circunstancia Camus identifica con el fin supremo del arte: confundir a los jueces, suprimir toda acusación, y justificarlo todo, la vida y los hombres, en una luz que es la luz de la belleza porque es la luz de la verdad? »

Cuando Wilde se pronuso dedicar el resto de su vida a defender a los desgraciados compañeros de su sufrimiento, no contaba con la escasa fuerza de voluntad que le quedaba ya. Algo hizo por ellos, hasta puede ser que históricamente mucho, y estoy seguro que todos se lo agradecemos. Pero el sufrimiento, para decir verdad, no le regeneró. Y es que el sufrimiento puede ser acicate de superación para el sano, e incluso para aquel que no teniendo noción alguna del sufrimiento pueda servirle de escarmiento. Wilde reencontró su conciencia del sufrimiento a través del sufrimiento de una profunda enfermedad moral. El, el amor.

En cuanto al débil, que lo que por el contrario precisa es un impulso optimista hacia la felicidad, el sufrimiento le aniquila definitivamente. Mas lo que afirmo también lo había comprendido Wilde antes de ser encarcelado, como lo expresa en ese libro que no he leído:

Con la autoridad se irá también el castigo. Esta será una gran ganancia, una ganancia, en realidad, de incalculable valor. Cuando uno va leyendo la historia, pero no en la edición expurgada escrita para escolares, sino en las versiones originales de las autoridades de cada época, uno se siente enfermo por completo. No por los crímenes cometidos por los malvados, sino por el castigo infligido por los buenos; y la comunidad se va embruteciendo infinitamente más por el empleo habitual de castigos que por la ocasional aparición de un crimen...

Oscar Wilde había escrito su « Balada » mucho antes de que la inevitable consecuencia de sus errores absurdos se la rimara en versos.

A R T E Y A R T I S T A S

por GARCIA TELLA

Gutiérrez Solana

En el antiguo Hogar Vasco (avenue Marceau, 11), se celebra una interesante exposición de Solana. El elogio y la crítica de Solana, huelgan. Basta decir que es uno de los grandes pintores españoles contemporáneos, y que todos sus cuadros se encuentran en Museos y colecciones privadas.

Hay, entre las telas expuestas, un magnífico retrato de Unamuno, « Las chicas de la Claudia » y las « Vitrinas ». El conjunto es un reflejo de la España negra de mendigos y frailes, el todo envuelto en el velo amarillento de la muerte.

Marta Colvin

(Galerie Verneuil, rue Verneuil, 51)

Pensionada por su gobierno, con bolsas del francés y del inglés, esta artista chilena, cuyas obras figuran en las plazas de su país, expone una serie de dibujos, extraños, relacionados con leyendas del lejano Chile, coloreados en un contraste casi lujurioso y envueltos en un halo vagamente inquietante. Varios bronceos y maderas, maquetas de obras pasadas y futuras, nos muestran la evolución hacia el arte moderno de la América latina, sin que, como pasa en otros casos — y no en Marta Colvin — la civilización de origen sea olvidada.



Busquets : Paisaje

Pablo Picasso

Se ha celebrado, en el 2. de la rue del Elysée, la gran exposición del Diablo, como dice Mauriac cuando habla de Picasso. Rusia ha enviado todos los cuadros de este artista que dormían en sus Museos y que, en número aproximado de cuarenta, abarcan el período

rosa, azul, neo-cubista y cubista. De Picasso se han escrito tantas necesidades y tantas cosas geniales, tantas estupideces y tantos elogios que nada nuevo se puede añadir. Lo cierto es, que este diablo de hombre, es siempre joven, siempre inquieto y siempre anticipado a su tiempo y a sus contemporáneos. Mientras Braque se agota, Matisse se eclipsa, Rouault se repite, y Chagall se monotoniza, Picasso, sigue en la brecha como en sus mejores tiempos, pintando clásico para sus amigos políticos, occidentalmente para sus clientes de allende los mares, grabando, cociendo tierras y haciendo esculturas que son siempre una sorpresa en volumen, línea y potencia. ¿Tendrá razón Mauriac ?

Picasso : Mocita

Salón Populista

(Museo de Arte Moderno)

Lo mismo podemos decir del Salón Populista, valorizado por la presencia de una cuarentena de cuadros realistas de la república de Hungría, bastante influidos por la escuela francesa del siglo pasado y la aportación de nuevos expositores como Bonzo, Colomer, Bonquillon y García-Tella, que al lado de los antiguos, Ramey, Adieu y otros, afirman la necesidad de este Salón, cuyo único móvil es la defensa e ilustración de las grandezas y servidumbres del pueblo.

Domínguez

Domínguez expone en la Galería Drouart-David, fg St-Honoré. Nada tenemos que añadir a las líneas que dedicamos a este pintor, en nuestro último número.

Juan Busquets

(Galerie d'Art, av. Kleber, 20-

El arte de Busquets es un arte directamente ingenuo y ya hemos dado aquí nuestra opinión favorable para que tengamos que machacar de nuevo. Busquets presenta una gran exposición patrocinada por Cassou y con su medio ciento de obras, se afirma como uno de los primeros « naifs » con pieza entre Serafina, Virin y Bambois.



Delahaye : Cabeza

VISITA DE ESTUDIOS

Victor Valera

VALERA es un libertario que se ignora ! Inconformista en arte, poco a poco su inconformismo ha pasado a la vida cotidiana y su interpretación de las relaciones humanas, del fariseísmo ambiente, su resistencia a someterse a formulismos hipócritas, a trámites infames para un creador, han hecho de él, un pintor maldito. En Victor Valera, tiene Venezuela para el porvenir, un semillero de leyendas, de justificaciones ; un proceso de rehabilitación, un motivo de vergüenza y de arrepentimiento. Los que hoy le juzgan por una bohemia que en Caracas puede parecer tremenda, pero que en París, en St-Germain-de-Près, es lógica en un artista de 26 años, habrían condenado también, sin vacilar a Baguin, a Verlaine y mismo a Gide.

La suerte está en que estos jueces, estos empleados, pasarán y Víctor Valera, su obra, quedará. Al final, el trabajo es el que cuenta y el resto es anécdota.

Valera vino a la pintura a los 15 años por vocación y esta vocación le trajo los premios, la consagración, las becas, el viaje a París. Y aquí, la intuición de este inconformismo flotante en su país, se revela rápidamente en pintura, pues consume en un ciclo de meses lo que otros habrían

tardado años en digerir. Figurativismo, impresionismo, cubismo, son como relámpagos en este curso de asimilación ; actualmente Valera se halla en el cruce del arte abstracto y sus diferentes exposiciones en la Galería Arnaud, Salón de Realidades Nuevas, etc., le si-



Un dibujo de Valera

túan a la cabeza de esta forma de interpretación. Desgraciadamente o afortunadamente, Valera ha transformado también su vida en una abstracción y esto, en los medios burocráticos y oficiales, no se perdona. Valera es para los restos un pintor maldito. Después de todo, ¿ qué pueden importarle a él estas injusticias, si ha sabido unir arte y vida en una unidad que raramente se consigue y sabiendo que, a la larga, será él quien tendrá razón ?

A la postre, para un artista, el proceso es siempre el mismo.

El célebre café « El Domo », de Montparnasse, organizó un concurso de pintura con cien mil francos de premio. Aunque se admitían todas las tendencias, el premio ha sido concedido a un abstracto

Salón de la Joven Escultura

(Museo Rodin)

Como suponíamos en nuestro último número, el Salón de la Joven Escultura, ha constituido un éxito y una gran mejora en relación con los cinco primeros Salones. Bajo el signo de la libertad, todos los estilos se enfrentan y todas las audacias son permitidas. Para no insistir, digamos que, entre los nuestros, cabe citar el sensual bronce de Latorre, el caballo en hierro de Blasco-Ferrer, y la abstracción de Marta Colvin, así como los envíos de Eloc, Sthaly, Andreon, Etienne Martin y la terrible cabeza negra, de sugerencia prehistórica, plantada en una pica, de una fuerza áspera y salvaje, y cuya reproducción damos, del joven artista Delahaye.

SOBRE EL MULLIDO ALBERO

Un hombre conglomerado de seda, amor propio y miedo, y un toro, nobleza, vitalidad y valor, tienen entablada una discusión que la muerte se dispone a cerrar con broche trágico. Un rojo de sangre, propia o de la bestia, derrota o triunfo, mancha ya los toreros alamares y gotea de los caireles plateados. Allí, mientras entre las órbitas bermejas de la barrera y contrabarrera se afanan peones de confianza y mozos de espadas, una figurilla brillante, macilenta la faz por el miedo e impasible la figura por la voluntad, provoca y esquiva las embestidas de la res. En tendidos y andanadas, en gradas y toriles en palcos y sobrepuestas, se hacen los pechos pequeños para el galopar emocionado de los corazones. Pero no es de este albero ahito de belleza y congoja, repleto de calor y de angustia, del que queremos hablar. Este albero de oro molido, duro y áspero, donde se hermanan la suprema belleza con la suprema majestad, la gracilidad más tenue con la más brutal acometida, este albero de nuestras preferencias, cuenta con simpatías muy escasas. Busquemos, pues, otro, mullido y sin rudeza, donde la pasión sea fingida y supeditada al raciocinio, y esto dentro de la creación artística.

Siempre que sucede algo digno de verse o escucharse, los hombres tienden a encerrarlo dentro de su curiosidad. Un accidente en la calle no formará un paralelepípedo o un triángulo de curiosos sino un círculo, y cualquier manifestación merecedora de atención nos enseñará siempre el mismo fenómeno. Hay que suponer que desde los primeros momentos de la existencia del hombre sobre la Tierra fué así. Únicamente por imposición de unas condiciones determinadas, se logra hacer evolucionar la expresión de la curiosidad humana hacia otra posición en el momento de manifestarse. La colocación del orador político en una tribuna, cerca de un muro o de unos cortinajes, como las actuales aulas en escuelas y universidades en las que el profesor, ante un encerado, diserta científicamente, son ejemplo de esta imposición. Con las representaciones dramáticas ha sucedido lo mismo, al colocarse los actores ante un decorado convencional, si se trata de las salas actualmente utilizadas, o ante algún monumento, como sucede en las representaciones de carácter religioso que se dan anualmente en el atrio de la iglesia de Nuestra Señora de París. En el llamado « teatro de verdura », al aire libre, es también patente la imposición de las condiciones antedichas.

La misma misa católica tenía lugar en los primeros tiempos sobre una mesa rodeada de fieles, no como actualmente en que el sacerdote se coloca ante el altar. Debemos suponer que las primeras manifestaciones artísticas, especialmente las teatrales, se celebrarían en los tiempos más remotos colocándose el público en esta forma circular de que hablamos. Posteriormente, altares, tribunas, escenarios, etc., han venido a violentar esta tendencia natural.

Algunos espectáculos, sin embargo, la han mantenido fielmente, como el circo, las fiestas taurinas, la lucha de gallos, etc. Otros han hecho algunas variantes con arreglo a su índole característica: fútbol, rugby, balonmano, baloncesto, natación, ciclismo en pista, atletismo, etc., guardando siempre la tendencia a la línea curva para facilitar la visión, como en las vueltas tras las porterías de juego en el balompié, e incluso en casi todos los congresos y anfiteatros públicos y políticos, como sucede en la mayoría de senados y asambleas del mundo. En ciertos casos, tales el boxeo y la lucha libre, los espectadores más próximos se encuentran colocados en una posición geométrica rectilínea que se va haciendo curvilínea a medida que crece la distancia entre lo que sucede y quien la contempla.

La predisposición a desear ver el objeto merecedor de curiosidad desde los distintos puntos de una circunferencia, es satisfactoria en la escultura, a la que en la antigüedad, y muy especialmente en la civilización griega, se le dió una importancia considerable.

Más tarde, la superior manejabilidad de la materia empleada y su mayor capacidad expresiva, hizo que la pintura tomara mayor auge que su hermana, no sin ciertos escrúpulos por parte de los pintores, que debían contentarse con simular las turgencias y la plasticidad. Desde este punto de vista, el bajo-relieve puede ser considerado como una medida de transición. La frecuencia con que los artistas colocaban como fondo de sus retratos paisajes muy alejados, puede ser considerada como muestra del

OR los vomitorios ha entrado una multitud ataviada con gayos colores, que con vocinglera algarabía ha ido ocupando las localidades en las pétreas gradas, en cuyas oquedades e intersticios verdea un fino musgo. El aire cálido pesa sobre el circo. Las mujeres han sacado la belleza de las grandes ocasiones, aprisionando con estallantes sedas y percales los cuerpos plebéricos de vitalidad. Nunca está más hermosa una mujer que en el ambiente singular de una corrida. La luminosidad intensa y ardiente de un sol dominguero contribuye a ello, así como el fulgor de los ojos ardientes, sedientos de pasión y entusiasmo. Arriba, el tejado es una corona de fuego sobre la plaza y el alero hace una línea de sombra que va manchando de negro, paulatina e inexorablemente, a la aglomerada muchedumbre y al circular albero, como enlutándolos por la caída ineluctable del Sol y por la muerte sosegada de la tarde.

Toda la vida y toda la emoción, toda la belleza y toda la armonía, tienen su centro en el albero, porque en la arena, que un sol español pone al rojo blanco, sucede, nada menos, que se representa « el más maravilloso baile que pueda imaginar el ser humano », como dijo un gran músico ruso.

por FRANCISCO FRAK

deseo de dar cuerpo, relieve, vida, al sujeto de su obra. De convertirlo en algo que fuese posible contemplarlo desde varios puntos a la vez.

El origen de la pintura surrealista moderna, dicen que ha sido la reacción del artista ante la imposibilidad de representar en su obra los distintos puntos de vista simultáneos a que se prestan las cosas tangibles. La pintura de dos ojos en un rostro en que la nariz presenta su perfil, confirma lo anterior.

Algo parecido está sucediendo con el arte dramático. Hay que confesar que la aparición del teatro circular en los tiempos modernos, no ha sido debida a un impulso plausible hacia lo lógico y natural, o por inquietudes de superación en la creación artística, sino para obviar dificultades de orden económico.

En 1924, Gilmore Brown dió varias representaciones en el « Pasadena House », en California. Sin que dispongamos de noticias concretas, parece ser que ya desde 1916 venían realizándose tentativas de teatro en redondo en los Estados Unidos. En 1926, nueva experiencia en el « Play Box Theatre », que contaba únicamente con 100 localidades. A partir de 1930, el teatro circular se ha desarrollado bastante, sobre todo en las universidades americanas. Hemos visto una fotografía del teatro de « l'Appentis » en la Universidad de Washington. Esta sala circular es capaz para 180 espectadores, colocados en tres filas de butacas que forman tres círculos concéntricos, y las representaciones se realizan en el espacio central, estando los actores al mismo nivel que el público.

No vaya a creerse que únicamente en América se trabajaba por desarrollar esta modalidad teatral. En el teatro « Realista » de Moscú tuvieron lugar en el año 1933 representaciones de « La Madre », original de Gorki. El local tiene una capacidad de unas 150 localidades a las que se llega descendiendo cinco escalones por cada una de las cuatro puertas situadas en el centro de los lados de la sala, que es cuadrada. La acción dramática se realiza a la altura de la entrada y, por consiguiente, en un plano superior al ocupado por el público que se sitúa en los rícones, y sobre una plataforma circular a la que se accede por cinco gradas que la circundan. En 1940, Glenn Hughes construyó en Seattle el primer teatro concebido especialmente para este género de representaciones, pero ha sido únicamente después de la guerra cuando el

teatro en redondo ha llegado a interesar a los profesionales y a extenderse extraordinariamente. En 1946 se funda el « Circle Theatre » de Hollywood, que no ha cesado de actuar, y en 1947 el « Dallas Theatre », en Texas, el más conocido mundialmente y el que representa sin duda, la máxima calidad en el género, que es actualmente dirigido por su fundador Margo Jones.

En Europa se han celebrado varias representaciones en las que el juego escénico ocupaba la parte central, pero casi siempre en grandes localidades, lo que si puede dar majestuosidad a la farsa, dificulta la creación de la oportuna atmósfera, considerada como peculiar al teatro en redondo. Esto ha sucedido a finales de 1953 con « El sueño de una noche de verano » de Shakespeare, en el Circo Medrano de París.

Por lo que respecta a España, las únicas noticias que tenemos son unas representaciones de « Prometeo encadenado », la tragedia de Esquilo, en el Ateneo de Madrid, durante el mes de mayo de 1953.

El punto culminante de la imaginación y del atrevimiento en la búsqueda de efectos dramáticos, corresponde a las direcciones escénicas del ruso Okholpof, en Moscú. No se limita a dar vida a la farsa en una parte determinada, sino que la realiza por toda la estancia, a veces en plataformas, en pequeños balcones, etc., llegando hasta representar dos escenas en distinto lugar de la sala, con lo que crea un ambiente de simultaneidad reservado aparentemente al cine.

La máxima preocupación de los directores de escena modernos es la aproximación del actor al espectador. En « La Grande Kermesse » de Ghelderode, montada el año pasado en el « Studio des Champs-Élysées », en ciertos momentos de la representación los actores actuaban en el pasillo del patio de butacas y en general, en todos los teatros, lo hacen en el proscenio, siempre que esto es posible, buscando la creación de un ambiente de intimidad. Esta intimidad entre público y artistas exige, según Margo Jones, salas con un máximo de 400 a 600 localidades. Tiene también una importancia capital la modalidad de teatro, siendo la llamada « de arena », o sea aquella en que actores y público están en un mismo plano, la que más probabilidades tiene de encontrar la intimidad buscada. La de « ring o ta-

blado », en que el juego escénico se realiza en un plano más elevado que la posición del público, es menos eficaz, como asimismo, la modalidad llamada « de circo » en la que el público ocupa una posición superior.

La creencia de que esta intimidad es la cualidad esencial en el teatro en redondo, no es aceptada sin réplica. Así, Jan Doat, que ha montado « El sueño de una noche de verano » en el Circo Medrano, no cree que con el teatro circular se busque un ambiente determinado, pero sí que al dar más amplitud a la escena representando en salas de gran aforo, el lazo de unión entre un tiempo y unos hechos determinados (los en que se realiza la obra) y aquellos en que se celebra la representación, pueden realizarse de una forma grandiosa e impresionante por su realismo, sin recurrir a los decorados. Todas las obras no se prestan (como tampoco en el teatro en redondo de tipo íntimo, aunque Jan Doat afirme lo contrario), pero la por él puesta en escena o « Los pájaros » de Aristófanes son muy apropiadas.

Creemos con Jacques Huisman, que no todas las obras pueden ser representadas en redondo. Exigen una concentración en la acción, una expresividad natural exenta de todo lirismo y hasta el hecho de estar escritas en verso, pensamos que podrá ser un obstáculo. El teatro en redondo no debe buscar la belleza como objetivo, sino la naturalidad y podemos decir la vida. La música, continua y apenas perceptible, puede llegar a ayudar a la creación del clima emocional.

Claro que la pista que hemos empezado llamando albero por su color cuando de circo taurino se trataba, ha variado mucho. En las representaciones teatrales está formada por las clásicas « tablas » o por una mullida alfombra, según las exigencias de la representación. En la obra de Shakespeare citada, sirvió de decorado y fué obra del pintor Yves Bonnat.

Es lo cierto que, en el teatro, como en tantas cosas en la vida, el elemento primordial es el individuo. El punto de mira del comediógrafo y del director de escena no es el público, sino cada uno de los sujetos que lo forman. Los medios de que disponen para llegar a interesarle se basan en dos sistemas: la colaboración del individuo a la acción y la ilusión de la realidad. Ambos están siempre más o menos estrechados y el teatro circular no es en sí más que la predominancia exagerada del primero sobre el otro.

El segundo de los citados es el considerado como clásico. Se intenta con él la representación ficticia de unos hechos que con la ayuda de luces, decorados, elementos sonoros y efectos mecánicos, hagan nacer en el espectador la sensación de un lugar real, y con el trabajo de los actores transmitan al público unos estados de conciencia determinados. La capacidad de juicio del espectador, formada por su estado de ánimo y por sus principios, es decir, por su personalidad, al enfrentarse con lo presentado ante sus ojos como real, es el origen de la repulsión o solidaridad con los caracteres de la farsa, de la que se deduce la emoción. Es claro que incluso en este caso, el elemento predominante es el espectador considerado como individuo. No creemos necesario el fenómeno, indispensable según algunos autores, de la transposición anímica del personaje al espectador para originar un sentimiento en éste, es decir, que no se precisa que el espectador se asimile al personaje para sentir como él; basta con la comprensión de los caracteres, elamiento de los pueblos sin precedentes con la ilusión pasajera de considerarlos propios de seres reales y con el deseo de influir con la mentalidad íntima en la de los muñecos ficticios. Cuando esto sucede el público se interesa a la acción, desea intervenir en ella, aspira a que las cosas sucedan de una forma determinada, toma partido por alguno de los personajes. Estas consideraciones pueden hacerse extensivas a casi todos los espectáculos.

Por lo que al teatro se refiere, la impresión de realidad tiene como principal obstáculo para manifestarse el convencionalismo de la puesta en escena, y principalmente, la separación que en los últimos 20 años se ha acentuado entre el público y los actores. Las candelillas son la primera barrera para la penetración entre ellos. Cada uno de los elementos, como se han complacido en afirmar muchos críticos teatrales, está debidamente separado. El teatro, aunque no sea de acero, es la frontera insal-

(Pasa a la página 7)



LA SAL DE LA TIERRA

CRONICA CIENTIFICA DE GERALD WENDT

Marco Polo, el explorador italiano de Asia, hace mención del uso de la sal por los chinos en las épocas más remotas y describe su método para obtener esta sustancia mineral mediante la evaporación del agua del mar. Los fenicios, amantes de la navegación, aprendieron igualmente a manufacturar la sal con las aguas del Mediterráneo y la utilizaron para su comercio. Los griegos compraban esclavos pagando su valor en porciones de sal, y decían que un buen esclavo « valía su peso en sal ». Los legionarios romanos recibían parte de su sueldo en sal, y por esto lo que les correspondía en este mineral se llamó *salarium*, origen de la palabra moderna *salario*. La sal se utiliza todavía como dinero en ciertas partes de África y en algunas islas del Pacífico.

Al extenderse la civilización romana, aumentó la demanda de sal, pero los métodos de manufactura para obtenerla de las aguas del Mediterráneo eran insuficientes, y los medios primitivos de transporte en esa época hacían difícil y costoso el envío de sal a las zonas distantes. En su avance a través de Europa, los romanos descubrieron nuevos depósitos de sal en las tierras germánicas y en Polonia y, especialmente, los enormes yacimientos de sal en forma de rocas en las colinas de Rumania, que han sido explotados durante casi dos mil años y constituyen ahora unas fantásticas grutas subterráneas, como una vasta catedral de muros cristalinos y esplendentes, formados de sal pura. Los romanos introdujeron sus métodos de elaboración de sal en las tierras conquistadas. En los « Salzkammergut », o zonas salinas de Austria, acostumbraban disolver la sal subterránea haciendo correr el agua de las montañas, mediante canales, a través del depósito y llevando así la solución salina por largos acueductos hasta las refineras de los valles. Este procedimiento se sigue todavía en los tiempos actuales.

Durante la Edad Media, la posesión



de una cantidad importante de sal constituía un signo de nobleza y de fortuna. La sal se exponía siempre sobre la mesa y se conservaba en magníficos sótanos heredados con orgullo a través de los siglos. Los huéspedes importantes se sentaban a la mesa en la pieza superior « sobre el sótano de la sal », mientras los sirvientes se sentaban abajo, en el citado sótano.

En el siglo XVIII la producción y venta de sal se convirtió en monopolio de gobierno en varios países. Así, el impuesto de la sal fué uno de los muchos factores determinantes de la Revolución francesa. Un grupo de privilegiados tenía el derecho de refinar y vender la sal a precios realmente excesivos para los humildes. Y cuando los campesinos produjeron su propia sal, extrayéndola del agua marina, se les aplicaron penas muy severas.

En la historia contemporánea, la falta de sal desempeñó un papel muy importante en la retirada de Napoleón, cuando la campaña de Moscú. Sin el precioso mineral, las tropas se hallaban completamente debilitadas. Su falta de resistencia a la infección les hizo enfermar fácilmente y sufrir toda clase de epidemias. Aun las heridas que normalmente podían curarse, resultaron fatales en esas condiciones.

La sal es un elemento esencial para la vida por diversos motivos. Más o menos el tres por ciento del torrente sanguíneo está compuesto de sal, y la sangre no puede realizar sus funciones sin esa cantidad de mineral. También es importante el hecho de que los jugos gástricos del estómago, necesarios para la digestión de los alimentos, deban su poder al ácido clorhídrico. Este ácido se



LOS alimentos del hombre están compuestos, en general, de agua, aire y luz, pues los animales se nutren de plantas, y éstas elaboran su sustancia principalmente tomando los componentes del agua y el carbón dióxido de la atmósfera. Pero, igualmente, existe un pequeño número de alimentos minerales indispensables para el organismo. El hombre obtiene muchos de ellos — hierro, calcio, fósforo, etc. — en la alimentación animal y vegetal. No obstante, hay una sustancia mineral por sí misma, que proviene de la tierra y que el hombre consume directamente: la sal.

La sal es pura, de bajo costo y se encuentra en todas partes. Así, también su consumo es universal y diario. Pero en los sitios donde su obtención es difícil — o lo fué en el pasado — ha desempeñado un papel importante en la historia.

elabora en el estómago, utilizando el cloro, que es uno de los componentes de la sal. Sin sal en los alimentos, la digestión es imposible. Como la sal se expelle del organismo por los riñones y mediante la transpiración, es menester reemplazarla y para ello un hombre adulto necesita normalmente diez gramos de sal al día, por lo menos. Sin embargo, una parte de esta cantidad refe-

rida se encuentra generalmente en los alimentos.

En los tiempos de agotamiento físico, especialmente en los climas cálidos, en los que se pierde mucha sal por la transpiración, se necesitan cantidades suplementarias para prevenir la depresión absoluta, los calambres y otros síntomas graves de insuficiencia de sal en el organismo. En una mina profunda,

SOBRE EL MULLIDO ALBERO

• Viene de la página 6 •

vable. El público se ve obligado a emocionarse por autosugestión, esforzándose en tomar por auténticos los elementos falsos de la representación.

En el teatro circular por el contrario, se aspira a desechar cuando pueda dar un aire de convencionalismo. Se quiere que el espectador crea real, « sin hacer teatro » lo que ve, en lugar de presentarle, como podría ser realmente lo que ve u oye. Es decir, el sentimiento de realidad se forma dentro del espectador que insensiblemente lo transmite a los actores. La diferencia es clara. En el teatro corriente, los actores, con ayuda del material, se esfuerzan en dar realidad a la ficción para transmitirla al espectador. En el teatro circular, la idea de realidad del espectador se impone al juego de los actores y a la ausencia de elementos sugestivos.

No se prescinde siempre de todo aparato escénico, pero se simplifica tanto como posible: Margo Jones ha montado « Noche de Reyes » con sólo tres bancos; « Médico a la fuerza » de Molière, ha sido representado por el « Circle Theatre » de Hollywood con un tronco y un hacha como accesorios. Todo el esfuerzo recae en los actores, pero al desaparecer las candilejas y hasta el maquillaje, se crea una compenetración entre el actor y el público que se traduce en una mayor naturalidad. El esfuerzo psicológico exigido del actor, al no permitirle ni una fracción de segundo de reposo y al negarle la ayuda del apuntador, crea en él una tensión que lo transfigura en el personaje. Lo « teatral » queda desplazado, y el paso dado hacia la naturalidad es evidente.

El espectador se siente mezclado directamente a la acción, especialmente por la proximidad. En una de las representaciones de teatro en redondo a las que hemos asistido, « Un inspecteur vous demande » de Priestley, interpretada por la compañía del Teatro Nacional de Bélgica, en la sala « La Bruyère » de París, los actores se encontraron por momentos a menos de veinte centímetros de nuestras manos o nuestras rodillas. La impresión de realidad es más verdadera por más directa. La sensación de ser espectador de algo preparado puede llegar a ser substituida por la sensación de ser testigo. De ahí la semiinconsciencia de intervenir en la acción, según las reacciones que los caracteres de los personajes originan en nosotros. La habilidad del autor y el trabajo de los artistas puede hacer que esta sensación sea continua o casi permanente y que el espectador se entregue de lleno a la narración. Lo ideal sería que el sentimiento de realidad se acompañase por la sensación de una posible intervención, pero esto es imposible, aunque ya se ha intentado, porque la

intervención exigiría un desdoblamiento de la parte anecdótica, perdiéndose la concentración dramática de la obra y casi el resultado final, al no poder controlar las reacciones de los elementos que tomasen parte activa.

Durante la última República española, se estrenó en Madrid una obra que empezaba como una comedia corriente; de pronto sonaba un disparo; ajeteo y barahúnda en la escena y entre bastidores; se anunciaba que había sido asesinado el primer actor y que la policía iba a empezar su investigación. Actores uniformados guardaban las puertas y la obra se representaba con un buen número de intérpretes situados entre el público al empezar la sesión. En los primeros días se daban casos de auténticos médicos que subían al escenario ofreciendo sus servicios, creando así un problema a los actores, pero la ilusión del espectador de sentirse mezclado a la acción no sabía ser ni muy persistente ni muy profunda, sobre todo después de la reacción consecutiva al pistoletazo. Leímos en nuestra niñez la obra. Recordamos que para dar mayor impresión de realidad se hablaba de las calles cercanas como la de Arlabán, Cedaceros, plaza Canalejas, etc., y de los establecimientos comerciales situados en las inmediaciones del teatro. Numerosas acotaciones aconsejaban a los posibles directores de escena la sustitución de todos esos nombres por los más cercanos a la sala donde se celebrase el espectáculo.

Por el año 1935, en un teatro de la Butte Montmartre de París, se puso en escena una obra adaptada por Marcel Dubois, « ¡ Que no salga nadie ! ». Ignoramos si se trataba de la misma de que hemos hablado, aunque creemos que sí, a pesar de que en ésta la víctima era la primera actriz. Como anécdota se cuenta que Maxime Fabert, actor de la compañía, actuaba sin maquillaje y entraba y salía del teatro como un espectador más. Un día, al acabar la representación y en la aglomeración para salir le dijo uno de sus vecinos de localidades, según cuenta el mismo artista: « Se conoce en seguida que usted no es un actor porque no sabe estar en escena ». Frase que él consideraba como la más encomiástica que se le había dirigido en el ejercicio de su profesión.

En ambas experiencias se sobrepasaba el límite permitido en el intento de dar participación al público en la trama, de lo que el teatro en redondo parece ser el punto más alto. Como además desprecia los elementos puramente mecánicos para dar más realce al factor humano, cobra nueva vida, mayor intensidad dramática, y, en definitiva, abre una prometedora vía a la expresión artística, cuyas posibilidades son inmensas.

Francisco FRAK.

por ejemplo, donde la temperatura es mayor de 40° C., muchos mineros experimentan fuertes jaquecas y necesitan frecuentemente hospitalizarse. Pero cuando se les suministra diariamente una bebida de agua salada o una pastilla de sal, la epidemia de jaquecas, que subsistía desde hacía años, desaparece como por obra de magia.

Más, aunque la sal es necesaria, su abuso resulta nocivo. Las investigaciones médicas han llegado a establecer que un continuo consumo de sal en cantidades mayores que las requeridas por el organismo puede producir disturbios renales. En ciertas enfermedades, los alimentos de régimen que contienen cantidades normales de sal pueden ser dañinos, y una reducción beneficiaría al paciente. Pero nos encontramos tan acostumbrados a la sal y al sabor particular que suele dar a los alimentos, que se hace difícil para los pacientes seguir largas dietas sin sal, aunque éstas sean indispensables para su salud. Los químicos modernos han producido con este fin ciertos substitutos que dan el sabor de la sal a los alimentos desprovistos de esta sustancia mineral.

La sal es uno de los componentes más comunes de las rocas que componen la corteza terrestre. Conforme estas rocas se humedecen y cambian por la acción del tiempo en tierra deleznable, las lluvias y los ríos lavan la sal y la conducen hacia el mar. Cuando el agua salada llega al océano, se ha evaporado ya gran parte de la sal incorporándose a las nubes y cayendo después en forma de lluvia sobre otros lugares de la tierra... La sal continúa acumulándose, de manera que actualmente cada centena de kilogramos de agua marina contiene aproximadamente tres kilos y medio de sal. El volumen total es enorme: cerca de 50.000 billones de toneladas. Si esta sal fuera distribuida equitativamente sobre la superficie de la tierra, formaría una corteza de 30 metros de espesor.



En la actualidad, la industria química utiliza la sal como una de sus principales materias primas. Por esta razón se han desarrollado nuevos métodos y procedimientos efectivos de elaboración, no empleándose ya el agua del mar porque contiene, además de la sal, otras muchas sustancias. Los mares prehistóricos desaparecidos, han dejado sus depósitos de sal después de la evaporación de sus aguas, por lo que se la encuentra en ciertas profundidades de la tierra en capas que a veces llegan a tener un kilómetro de espesor. Cuando esta sustancia se encuentra a una gran profundidad se suele hacer llegar el agua pura — por medio de bombas — hasta la capa mineral, en donde disuelve la sal, que es aspirada hasta la superficie en forma de una solución muy densa. Entonces, se la evapora en grandes cámaras herméticamente cerradas, y, por este procedimiento, se separa la sal pura de las otras sustancias, como, por ejemplo, el magnesio, el calcio y el hierro. Después la sal se cristaliza en finos y mínimos cristales, formando un polvo niveo, o en cristales mayores del tamaño que se desee. En cualquiera de estas formas, la sal llega a la fábrica o a la mesa para su consumo, como una de las materias más puras que se conocen.

La industria química utiliza la sal para elaborar otras muchas sustancias importantes. Una de ellas es la ceniza sódica, o carbonato de sodio, que se emplea desde hace siglos en la fabricación del vidrio. Otra es el álcali, que constituye la materia prima para la industria de jabones.



Nettlau en España. 1911.

El peor enemigo de la libertad y de todo progreso social es el dogma, consecuencia, en la mayoría de los casos, de ese fanatismo que cree en la posesión de la verdad absoluta, válida e indiscutible para todos, y, por esa misma razón, destinada a convertirse en el enemigo jurado de todo progreso. Cualquier despotismo, sea religioso, político u otro, debe menos su existencia a brutales medios de imposición que a la sorda fe en su irrevocabilidad, la cual, alimentada y fortalecida sistemáticamente por los gobernantes, termina por instituirse como fundamento de la educación, hábito y tradición. Tan pronto como esa fe irreflexiva pierde su predominio y el respeto servil de las multitudes se va derrumbando, la fuerza y el prestigio de las instituciones tradicionales. Estas cederán, tarde o temprano, ante conceptos nuevos y tentativas de renovación social, ya que han perdido sus soportes morales, infundiendo a sus propios defensores la indecisión y la debilidad, por lo que se ven obligados a adaptarse a las nuevas condiciones.

Las revoluciones no eliminan de golpe los viejos conceptos y tradiciones y no pueden impedir los efectos de ciertas supervivencias, en las que subsiste la mentalidad del tipo humano acostumbrado a dominar, y que no desaparecerán sino gradualmente. Así el dogma de la unidad resurge con diferente etiqueta y los nuevos dueños del poder se inclinan fácilmente para rodearle de la aureola de la infalibilidad; y hasta que ese nimbo, a su vez, palidece ante nuevos cambios. Esto no sólo se refiere a Iglesias y Estados, sino igualmente a los partidos políticos y movimientos sociales que creen poseer la verdad absoluta y pretenden imponerse a las demás tendencias, a pesar de que la historia demuestre que ninguna pretensión de dominio ilimitado ha escapado al fracaso final, provocando invariably una nueva reacción y reverses desastrosos, como hoy lo vemos en Rusia. Allí, en lugar de aceptar la idea de que es la diversidad de los fenómenos sociales

Instituto Social de Amsterdam.



la que ofrece la mejor garantía de una próspera cooperación de todos, el bolchevismo, como los sistemas anteriores, no supo hacer otra cosa que intentar una quimérica unidad, y enemigo declarado de toda otra experiencia, es incapaz distinguir la paja del grano.

« Los procedimientos aplicados hasta ahora — dice Nettlau — corresponden enteramente a la actual mentalidad del hombre, dominada por el Estado y la religión. Todo Estado es exclusivista: tiende a sojuzgar cuanto existe fuera de su ámbito, a someterlo a su tutela, y, a ser posible, a incorporarlo a él. Toda religión pretende poseer la verdad indiscutible, y según ella, la que se halla fuera de su dogma no significa sino ignorancia y herejía. Cada nación es la más noble. De modo análogo, toda tendencia socialista es la que representa, en su criterio partidista, la verdadera doctrina y táctica revolucionaria, y considera un deber sagrado la imposición de las mismas. ¿ Habrá de permanecer siempre el socialismo dentro de ese círculo mágico, conducente a inútiles disputas, continuos rencores o a la dictadura? ¿ Se decidirá a romper el sortilegio? »

« De quien, en una forma u otra, aspira siempre a la exclusividad, apenas se puede esperar equitativa comprensión para la convicción ajena. La intolerancia será la característica destacada de su pensamiento y de sus obras, por más que hable de la libertad, inconcebible ésta sin tolerancia y derechos iguales para todos. El mayor progreso ha sido precisamente realizado en aquellos terrenos en que el pensamiento logró con éxito rotundo librarse de la tutela externa, reconociendo en la diversidad la condición necesaria de los procesos naturales. Mientras que en las otras esferas el espíritu retrogrado, el prejuicio y la intolerancia continúan imperando, con el resultado de cerrar el paso a cualquier otra perspectiva de evolución. »

Nettlau no era fatalista, pero sabía que no era posible lograr nada nuevo sin principios morales y un pensamiento independiente, y que, aun en las circunstancias más favorables, cualquier transformación social fracasaría si faltaba el espíritu de audacia, idealismo y voluntad de acción. Por más que los representantes del dogma rígido y de los conceptos de evolución mecánica, lo calificaran de sentimental, él sabía que el idealismo era la expresión más elevada de la ética, la cual, por aspirar a lo imposible, crea justamente lo posible y estimula continuas inquietudes de superación.

Su anarquismo era la lucha contra todo dogma, aun el que se pudiera manifestar en el propio campo ácrata; rebeldía serena, pero inquebrantable, de ardiente inconformidad ante los hechos consumados y ante la resignación fatalista de las multitudes; ferviente defensor, por íntima convicción, de la libertad, sabiendo que ésta constituye un manantial inagotable del que brotaron todos los grandes cambios que registra la historia y la fuerza motriz que impulsa al hombre en su afán de progreso.

El concepto de clase no era para Nettlau más que un expediente teórico, tan inseguro y problemático como el de raza. El límite donde termina una clase y comienza otra es, en la generalidad de los casos, tan difícil de determinar como la transición de una a otra raza humana. Y es que estas teorías no designan más que una clasificación global, de la que nunca se podrán deducir conclusiones seguras y válidas sobre la condición del individuo. Tales nociones, puramente abstractas, conducen siempre al propio engaño y a un retrocimiento del pensar, del que los marxistas son un caso típico. El antagonismo de clases salta a la vista cuando un representante de la alta banca o el capitalismo industrial es confrontado con un simple jornalero. Mas, entre el obrero y el potentado capitalista de nuestros días, hay un escalonamiento de clases y subclases difíciles de determinar y clasificar, ya que éstas, igual que el humilde trabajador, están sujetas a un salario y bajo la explotación del gran capital. No una clase social homogénea, pues se divide en grupos de intereses diversos y, frecuentemente, antagónicos: el artesano independiente y el jornalero; el empleado técnico y el comercial; el capataz y el obrero fabril. Y no olvidemos la rivalidad entre el obrero ocupado y el sin empleo, que se manifiesta en el deseo del uno de conservar su puesto, y, del otro, de desplazarle con el afán de hallar ocupación a sus brazos. Pero el peor de los engaños es creer que de

El anarquismo, como lo concebía Nettlau, no era un sistema cerrado, dogmático, ajeno a la evolución, sino una forma del pensamiento, sensible a toda posibilidad en que el humano anhelo de libertad encuentre una expresión consciente y elevada. Bajo este punto de vista, Nettlau contemplaba todas las concepciones y proyectos económicos que pretendían dar al hombre mayor libertad personal e independencia. El mutualismo, el colectivismo o el comunismo no eran, a sus ojos, sino medios conducentes a este fin, que habían de ser puestos a prueba, y no pretender una validez indiscutible. Por esta razón mantuvo su independencia ideológica, denominándose sencillamente *anarquista*, coincidiendo con su amigo y compañero Tárrida del Mármol, quien, a principios del último decenio del siglo pasado, proponía un *anarquismo sin adjetivos*.

Nettlau no creía en la unidad del orden económico, y rechazaba, como incompatible con la libertad, todo sistema de economía dirigida. En un verdadero sistema socialista se conservaría la diversidad de las formas de producción, ya que ellas se compenetrarían entre sí;

la pertenencia de un hombre a tal clase, se pueden deducir determinadas disposiciones intelectuales y morales.

El solo hecho de que una mayoría de los pensadores socialistas hubiesen pertenecido a clases acomodadas, fenómeno manifiesto con relación a los impulsadores de ciertos movimientos populares, debía obligarnos a examinar las teorías con más detenimiento, en lugar de contentarnos con superficiales generalizaciones. De ser una realidad la tan repetida conciencia de clase, y no una colosal alucinación, hace tiempo que se

tes no contarán más que con sus propias fuerzas para mantener sus privilegios, hace mucho tiempo que el sistema actual sería cosa del pasado. El que las clases privilegiadas recluten sus obreros y guardias en las filas del proletariado, es otra demostración de que la conciencia de clase no pasa de ser una cómoda hipótesis. Y que así ocurrió en todas las épocas lo podemos comprobar en las páginas de la Historia: todas las tiranías políticas y dogmáticas hallaron, entre las clases oprimidas, su apoyo más valioso.

MAX NETTLAU

Un pensador que ha enriquecido el ideal libertario con aportaciones valiosísimas

por RODOLFO ROCKER

hubiera acabado ya con el capitalismo y sus instituciones de dominio y explotación, pues no se concibe sistema alguno capaz de resistir la presión de millones de obreros políticamente organizados en el mundo entero, siempre y cuando a éstos los animara una conciencia clara y la voluntad de acción revolucionaria. El que hasta ahora no haya ocurrido tal cosa, es la mejor prueba de que la denominada conciencia de clase sólo equivale a una frase vacía, buena para ambuciar a incautos, pero endeble ante un examen serio. La teoría de una conciencia proletaria es un mito semejante al de las fórmulas del moderno idealismo racial, el cual pretende haber hallado, en el origen antropológico del hombre, la razón discriminatoria de las razas.

Lo que el hombre es como ente racional no se determina por el grupo social a que pertenece, sino por lo que ha sabido hacer de sí mismo. No se puede desarrollar ningún sentimiento de personalidad si se carece de inquietudes morales y afanes de superación. Sin estos acicates éticos el hombre es un muñeco subordinado a la disciplina estúpida, a la atrofia mental, fácil de manejar y moldear por los jefes de la Iglesia, el Estado o el Partido. El hombre que no tiene criterio propio servirá siempre de pedestal de las ambiciones ajenas.

Afirmamos que es absurda la teoría de que la clase social, por sí misma, posea conciencia o cualidades psíquicas peculiares. En todas las esferas de la sociedad existen individuos con ideas, disposiciones y conceptos a cual más diversos. En el proletariado encontramos reaccionarios, filisteos y obtusos incurables. Y en él, igualmente, surgen hombres con inteligencia despierta, profundo sentido humano y elevado idealismo.

Si un obrero se distingue por sus inquietudes intelectuales, su amor a la libertad y a la dignidad humana, no debe esos preciosos dotes a su condición social, sino a su desarrollado sentimiento de la propia estimación y a su íntima convicción de la justicia, virtudes que imparten, a su actuación y pensar, un contenido y una finalidad.

Si las castas privilegiadas y dominan-

insistiendo en que tal diversidad era fundamentalmente necesaria para dejar libre el paso a la evolución y, así, proteger a la economía contra el anquilosamiento. Lo que propugna el socialismo no es la homogeneidad económica, sino más bien la organización social de la producción y el consumo en una forma que garantice a cada miembro una parte equitativa del producto, sin permitir que nadie se enriquezca con el producto del trabajo de la colectividad. Para un verdadero socialista la economía debe ser un medio de satisfacer las necesidades del hombre y garantizar la independencia del mismo.

Nettlau comprendía que el dogma de la homogeneidad de la economía no podía tener otra consecuencia que la de paralizar las fuerzas vivas y creadoras de la vida económica y obstruir sus múltiples posibilidades de formación. Sólo al desconocimiento de esta verdad se debe el que muchos socialistas de hoy vean, en las teorías absorbentes del capitalismo moderno, el paso previo para la realización del socialismo, no percatándose de que si esas tendencias le garan a triunfar, acabarían en un avasallamiento de los pueblos sin precedentes en la historia.

« Los animados por verdaderos principios revolucionarios podrán, por sí solos y en las actuales circunstancias, cambiar fundamentalmente el sistema económico de especulación que hemos experimentado. Pero lo que sí pueden hacer los sindicatos es eleccionar a los obreros, demostrándoles que la liberación y dignificación del trabajo será una realidad cuando éste beneficie a la colectividad en general. »

Nettlau había juzgado con sagacidad, desde el primer momento de su existencia, la llamada Dictadura del Prole-

ta y lo que es falso; en tanto que la rigidez programática tiende a cerrar el camino a toda evolución. En un extenso estudio titulado *Nie wieder Diktatur* (No más dictadura), Nettlau resumió su pensamiento en la siguiente forma: « Pero una vez la revolución victoriosa, ¿ cómo se logra consolidarla? ¿ Unificación procurando que, desde el primer momento, ofrezca a todas las tendencias revolucionarias garantías completas para que éstas practiquen sus ideas sociales. Con la mentalidad socialista que hoy está en uso, tal garantía

existe sólo para una tendencia, aquella que se aduene del Poder ya sea, por medio de elecciones o mediante golpe de mano. »

No estriba todo nuestro interés en prever a tiempo el peligro de toda dictadura, a fin de impedir que se repita la actual tragedia del pueblo ruso? En ese caso, lo más conveniente sería un pacto de solidaridad de todas las tendencias anticapitalistas para asegurar una auténtica revolución que destruya el poderío del Estado y libere la vida social y económica del parasitismo capitalista.

« El pacto de solidaridad comprometería a todas las tendencias socialistas a defender la revolución ante los ataques de la reacción o todo intento de dictadura; garantizaría a cada tendencia socialista, proporcionalmente a su magnitud, tierras, herramientas, materias primas, etc. Así, cada grupo recibiría los recursos necesarios para ensayar sus teorías sociales y demostrar, con hechos reales, la conveniencia o no de sus métodos. En circunstancias semejantes de libertad individual y colectiva, económica y socialmente, el exclusivismo, la polémica o la propaganda rencorosa se considerarían como actos antisociales; al paso que nada impediría adquirir las enseñanzas del ejemplo vivo que beneficiarían a todos. »

« La separación de las tendencias acaso sería completa en los distritos rurales y en las colonias agrícolas, mientras sus componentes así lo desearan; en las ciudades todo coexistiría de la misma manera que desde hace tiempo es habitual entre los habitantes de las mismas: cada ciudadana gozará de libertad para sus ideas y prácticas, como ya hoy ocurre respecto a la existencia de esta u otra iglesia o al deseo de no concurrir a ninguna de ellas, sin que nadie se preocupe por lo que hace el vecino. Cada cual, entonces, seguirá por su camino, vivirá a su manera, siempre que no atropelle o lesione la libertad de los demás. »

No he de describir aquí las realizaciones futuras, pues sólo deseo señalar cómo podrá realizarse el socialismo a pesar de la tajante división en el seno del mismo movimiento socialista, y a pe-

sar de que nadie más que los anarquistas aspira a la inmediata liberación humana, aferrándose los otros grupos, en grado variable, al principio de la autoridad. En el caso contrario, si no se acepta, no veo ninguna otra. Toda tendencia dictatorial favorece exclusivamente sus propios afanes, persiguiendo y aniquilando a los rivales. Toda, incluso la que llamárase más libertaria, de obtener la supremacía absoluta, recurriría, para conservarla, a la dictadura, y, obrando así, contribuiría a la ruina de su propio socialismo y del de las demás tendencias. La diversidad de las tendencias socialistas es un hecho que, de momento no puede ser eliminado. Si se agravase el problema de las discrepancias por la imposición de la dictadura, fuera cual fuera el grupo que la ejerciera, conduciría a la bancarrota general del socialismo. En cambio, sería beneficioso para las diferentes tendencias socialistas la implantación entre ellas de un pacto de solidaridad como el que acabo de exponer. »

Un pacto de solidaridad, entre todas las tendencias socialistas hostiles a la dictadura, cual proponía Nettlau, no solamente sería una defensa contra la amenaza de la dictadura, sino que conduciría, además, a un acercamiento entre los diversos grupos, como sucedió en los días de la Primera Internacional. Igualmente sería posible el entendimiento en las bases generales de una economía socialista con la cooperación de especialistas en la materia, y que dichos estudios fueran accesibles a los trabajadores. Tal educación del proletariado produciría mejores resultados que las nuevas consignas de la propaganda actual, pues si bien los obreros poseen ya multitud de conocimientos relacionados con sus profesiones, es indudable que, en los demás problemas de la vida económica, carecen de toda apreciación. Una educación en ese sentido asignaría el lugar adecuado a los espíritus más aptos de obrerismo — los técnicos, químicos, agrónomos, ingenieros, etc. — llegados al movimiento socialista, acabando así con las imposiciones de unos demagogos indiscretos, cuya ciencia, a menudo, no pasa del pobre contenido de un par de rolletes. Pero ante todo contribuiría a que las crisis revolucionarias no sorprendiesen a los socialistas completamente preparados para la acción creadora. Donde existe una comunión íntima, allí impera también la tolerancia, el respeto a la opinión ajena y la voluntad para un entendimiento mutuo, virtudes hoy por completo ausentes.

Si Nettlau hablaba de un pacto de solidaridad que impidiera cualquier dictadura, estaba muy lejos de pensar en una fusión total de todas las tendencias socialistas. Propone solamente una cooperación e inteligencia en aquellas cuestiones en que fuera posible tal entendimiento, pues, como ya hemos dicho antes, nuestro amigo no creía en la homogeneidad del socialismo. El pacto por él propuesto sólo sería viable en cuanto se concertara voluntariamente y dejando a salvo la independencia de cada uno de los contrayentes.

Los anhelos de una inteligencia entre socialistas, sugeridos por Nettlau, perseguían algo más que finalidades prácticas inmediatas. Veía en ello un acicate moral y educativo susceptible de reanimar el dormido ideal de libertad. La libertad era para nuestro amigo la idea fundamental del socialismo, sin la cual no podía prosperar ninguna empresa elevada y humanamente digna. Sólo la libertad engendra la solidaridad verdadera, el respeto a la opinión ajena y el concepto de responsabilidad individual y colectiva. Es la esencia de toda ética sana, y, por lo tanto, no puede quedar sujeta a la rigidez de ningún dogma o doctrina determinada. Un socialismo que renuncia a la libertad, se niega a sí mismo. Contra el escollo del dogmatismo se han estrellado hasta ahora todos los intentos de liberación.

A tan laudables deseos de concordia, respeto mutuo y sincera tolerancia entre los socialistas, dedicó Nettlau los mejores años de su vida. Sus esfuerzos quizás no fueron prácticos, en la acepción habitual de la palabra, pero estaban inspirados en el más elevado humanismo y animados del más profundo amor a la libertad.

Para concluir nos place recoger las palabras que Nettlau escribió en una carta con respecto a la conducta que debe presidir entre militantes y aludidos concretamente al caso del exanarquista Paul Pavlovich, quien, en su período atacó a Gustav Landauer en forma odiosa y llena de rencor personal: « La vituperación, lejos de ser un ar-



Reciente foto de Rocker.

gumento, es prueba de una naturaleza brutal. Quien osa denigrar de una manera tan perñida y baja los sentimientos del prójimo, y además, los de un colega, es un vulgar bruto, aunque se llame anarquista. Ese hombre no ha leído nunca la discusión entre Malatesta y Merlino, de lo contrario sabría como polemizar sin dejar de ser humano y sin negar al adversario el debido respeto. La ciega malicia es siempre indicio de impulsos tiránicos. El que arrastra el honor de un hombre por el lodo, demuestra, al obrar así, que él mismo no tiene sentido del honor y desconoce lo que es la dignidad humana. Un hombre puro lo es también en su actitud hacia el prójimo. Los espíritus esclavos son insensibles, pues han nacido con callos en el alma y tienen algo así como una piel de rinoceronte, resistente a todo sentimiento elevado. La moral nada puede en tales casos; lo ético obra solamente allí donde existen impulsos éticos. »

El mismo Nettlau sabía perdonar los excesos de temperamento, más respetaba ciertos límites en la conducta frente al prójimo, que sólo podían ser violados al precio de la dignidad propia. Sostenía siempre que no se debía humillar al hombre, pues comprendía claramente que, herido el sentimiento de dignidad se hacía imposible toda inteligencia, originándose con ello, sin necesidad, antagonismos y rencores. Sin renunciar jamás a sus convicciones, las defendía con tacto y respetaba las opiniones adversas, siempre y cuando se inspiraran en intenciones honradas y se expresaran con sinceridad. Esa pureza de corazón y humana bondad era, precisamente, lo que hacía que le quisieran todos los que tuvieron la dicha de conocerlo. Parecía a menudo algo anticuado en sus conceptos, mas era siempre, con su honda sensibilidad y libertad de espíritu, caballero. En pocas palabras: un carácter verdaderamente elevado.

Nettlau en vísperas de su muerte.



La mujer, objeto de amor



CUANDO el Sr. Valbuena estudia algunos aspectos del amor humano de Juan Ruiz, nos da un esquema claro y concreto de corrientes literarias que van desde Dante al Arcipreste, sin olvidar a Petrarca, Boccaccio y Chaucer. El amor, en cada uno de los autores citados, como es lógico suponer tiene características en extremo peculiares.

En efecto, en el Dante, la mujer objeto de amor, cuya imagen es Beatriz, « representa el momento teológico » (Valbuena, op. cit., 148). En Petrarca, la joven Laura, es, por así decirlo, una « abstracción », un como « estado metafísico ».

Esta veneración a la mujer es, en Berceo, adoración a la mujer de las mujeres : la Virgen. La época de los héroes había pasado ya a mejor vida. Sin embargo, en Boccaccio y en Chaucer, más libres, más sensuales, más irreverentes, se nos aparece la mujer de carne y hueso, la hembra placentera susceptible de colmar el deseo natural del hombre tanto como de mantenerlo despierto durante largo tiempo sumiendo al amante en loca desesperación.

No hay que olvidar que la heroína de los cuentos de Boccaccio se llama **Fiammetta**, esto es, « llamita », algo que quema a fuego lento y hace arder al hombre entero de amores.

El siglo del Arcipreste, pese a los loores de nuestro poeta en honor de la Virgen, no es época de héroes, ni de vírgenes ni de mártires. Los Milagros de Berceo y las Cantigas del rey Sabio ceden su puesto a los cantos alegres de goce intcho humano. El sensualismo, como dicho queda, ejerce su señorío sobre las almas y es el único dueño de los espíritus.

El Arcipreste, a pesar de la libertad de su expresión, es preciso decir que no alcanza el desenfado de Boccaccio y de Chaucer. Ni siquiera es tan audaz como los autores del « Roman de la Rose » (Castro, op. cit., 381).

Es cierto que, como advertí en otra ocasión, algunas páginas osadas fueron arrancadas del « Libro de Buen Amor » por espíritus timoratos, incapaces de comprender toda idea realista sin ver en ella un atentado contra la moral y el pudor, como si el pensar o el sentir de un hombre o de una congregación pudieran considerarse como norma de conducta universal o regla de moral inapelable.

Observemos detenidamente las diversas gradaciones sobre el amor, que resaltan en la obra de Juan Ruiz.

Ante todo, el amor vulgar, grosero, selvático, que se expresa con términos vulgares precisos, desprovistos de todo ropaje retórico. Se trata de amor humano recio, que huele a flores del monte y tiene hábito de jaras montaraces y tufo de cabras. El Arcipreste halla, al atravesar la sierra, a una vaquera hombruna y valiente que se apodera de él, se lo lleva a su choza y le obliga a doblegarse a sus gustos. Digámos que la moza era mujer de pelo en pecho, ya que es capaz de cargar con el Arcipreste y llevárselo a cuestras (198). Ya en la cabaña pastoril, le dice la fornida muchachona :

«... luchemos un rato,
Lyevate dende aprieta,
Desbuelvete d'aque's hato, »

El infortunado Arcipreste, tiene que sacrificarse y darle gusto :

Por la moñeca me priso,
Ov' a fazer lo que quisio ;
; Creet que ffiz' buen barato ! 971

Notemos que, a lo largo de la serranilla, como observa atinadamente el Sr. Castro, el lenguaje de Juan Ruiz se adapta con toda precisión a la situación. No se trata de vaquera que habla como gran duquesa o como preciosa ridícula, al modo de las pastoras artificiosas que nos pintan los bucólicos, sino de verdadera serrana que expresa con la rudeza que corresponde a su condición de mujer selvática y arisca. **Desbuelvete**, esto es, « quítate la ropa », « desnúdate », pues no podrás combatir conmigo en amorosas lides con todo ese « hato » encima. La expresión « hacer buen barato », que vale tanto como « hacer buen negocio », es popular, y está tomada del juego. Persiste todavía en la locución « cobrar el barato ».

No se trata de vulgaridad chabacana, de simple ramplonería populachera, sino de realismo humorístico, que acusa un arte superior al de los autores que le preceden (Castro, Op. cit. 381).

No hay un solo epíteto a lo largo de esta serranilla que nos haga pensar en el arte sublimado del Dante y de Petrarca, en el refinamiento erótico de los poetas alejandrinos. Lo mismo sucede cuando se encuentra con la segunda vaquera, que no vacilará en engañar a su marido con el campechano Arcipreste. Más lejos hablaré de tal marido y de su nombre.

Trátase de goce carnal, de regocijo y de satisfacción natural en plena naturaleza. Machos y cabras no obrarían de otro modo.

Frente al amor carnal, grosero, tanto como natural, hallamos la muestra del amor discreto « doñeguil », un como amor cortés y gentil, que es símbolo de delicadeza y de buen gusto, aunque el fin de tal amor sea el mismo que el anteriormente descrito.

Los términos que el poeta emplea van revestidos de dignidad y no carecen de brillo.

E porque es costunbre de mancebos usada
Querer sienpre tener alguna enamorada,
Por aver solaz bueno del amor con amada,
Tomé amiga nueva, una dueña engerrada.
Dueña de buen lynaje e de mucha nobleza,
Todo saber de dueña sabe con sotileza,
Cuerda e de buen seso, non sabe de vileza,
Muchas dueñas e otras de buen saber las veza.
De talla muy apuesta e de gesto amorosa,
Loçana, doñeguil, plazentera, fermosa,
Cortés e mesurada, falaguera, donosa,
Graçiosa e donable de amor en toda cosa.
(167-169)

Observemos que cada vez que se trata de amor noble y elevado, de ese amor que podemos decir « como Dios manda », el poeta sale derrotado, ya que nunca consigue su propósito. Es posible que ello se deba a su temperamento voluble e inconstante o a su falta de habilidad en amores cuando no se acerca a vulgares moras y judías y fáciles cantaderas. No es extraño que, al recibir calabazas, exclame dolorido :

Fueron dares valdíos, de que ove mansilla,
Diz' : « Uno coyda el vayo, otro el que lo
[ensilla] »
Rredréme de la dueña e crey la fabrilla,
Por lo perdido non estes mano en mejilla...
[179]

La expresión « mano en mejilla » tiene valor gráfico grande. Es la actitud del hombre que, por haber sufrido un revés, medita sobre las consecuencias de sus actos. El célebre Rodin inmortalizará más tarde la figura del « Pensador » que vemos « mano en mejilla » en el Museo Rodin, de París.

El amor de doña Endrina y de don Melón de la Huerta caben en este apartado. Más lejos estudio la significación de tales nombres.

Estos personajes, después de peripecias que pudieran parecer inmorales, acabarán por casarse, es decir, por adaptarse a las conveniencias sociales. No hay otro caso de amores en el « Libro de Buen Amor » que terminen en boda. Debo añadir que el retrato de doña Endrina (653 y sigs.) es obra de arte consumada para la época en que Juan Ruiz escribe.

Es curioso notar que el Arcipreste, por una vez, habla de « besos » y de « abrazos » :

Señora, que m'prometades, de lo que d'amor
[queremos]

por J. Chicharro
de León

Sy ovier' lugar e tienpo, quando en uno es-
[temos,
Segund que yo deseo, vos e yo nos abra-
[çemos... 684

La enamorada, un tanto ofuscada ante la valentía amorosa del amante, sólo le promete darle la mano :

Esto dixo doñ' Endrina : « Es cosa muy
[provada
Que por sus besos la dueña finca muy en-
[gañada :
Engendimiento grande pon' abraça al amada,
Toda muger es vençida, desqu'esta joya es
[dada. 685
Esto yo non vos otorgo, salvo la fabla de
[mano... 686

No hay duda. El amor burgués, el de las buenas maneras, el del qué dirán, tiene aquí su representación exacta.

Hallamos, por fin, en el « Libro de Buen Amor » pruebas evidentes del amor que pudiera llamarse platónico, idealista, no exento de rasgos cómicos o humorísticos. El objeto de tal amor está vinculado en una monja, en una esposa del Señor. El Arcipreste, llega a amarla, al parecer, con pasión. Sin embargo, la idea de amarla, no nace de él, sino de Trotaconventos. El cauto Arcipreste es demasiado zorro para apenar con la responsabilidad de hacerle la corte a una monja de motu proprio :

Fuyme para la dueña : Fablome e fablela,
Enamorome la monja e yo enamorela... 1502



Como si la idea sacrilega de amar a una monja hubiera ofendido a la Divinidad y despertado su cólera, la pobre sor morirá y el poeta quedará solo y triste y a dos velas, ya que su regocijo solo fué de vista y de corta duración :

Atal fue mi ventura, que, dos messes passa-
[dos,
Murio la buena dueña : ; ove muchos cui-
[dados !
; A morir han los omes, que fueron e son
[nados !
; Dios perdona la su alma e los nuestros pe-
[cados ! 1506

Una vez más observo que el Arcipreste se consuela demasiado pronto. Sus exclamaciones de resignación no parecen arrancadas de lo profundo del alma por ser en extremo convencionales.

La cultura y la civilización

• Viene de la primera pág. •

do a la medida de sus concepciones. Durante un siglo se ha hablado de « la civilización ». La civilización era la luz, la libertad.

Pero hay otra cosa. Tenemos la impresión, en América, de que hablar hoy de civilización en los mismos términos que en el siglo XVIII es un anacronismo. En realidad, la palabra « civilización » no ha conocido sino una breve existencia. Los diccionarios del siglo XVIII no hacen mención de ella. El de la Academia Francesa la admite por primera vez en su edición de 1835. Paul Hazard observa que la palabra « Kultur » — que en alemán, corresponde en principio a « civilización » — no figura en 1774 en la primera edición del diccionario alemán y no aparece sino en la de 1793.

Como se ve, no son los enciclopedistas quienes han forjado la palabra. Y es a fines del siglo XVIII, o a principios del XIX, es decir, muy recientemente, cuando ha entrado como conquistador en los diccionarios. Lo ha hecho con toda la vanidad de su época, todo el brillo del « siglo de las luces ». La Enciclopedia Francesa dice : « civilizar una nación es hacerla pasar del estado primitivo, natural, a un estado más evolucionado de cultura moral, intelectual, social »,

etc..., porque « la palabra civilizar se opone a barbarie ». Es claro que civilización significaba entonces una sola cosa : Europa.

¿ Cuánto tiempo esa palabra ha vivido esta vida brillante ? Dejemos los argumentos fáciles que nos ofrece la época que vivimos. Sería demasiado fácil mostrar en los programas que se elaboran actualmente para volver a educar a la mitad de Europa, fórmulas muy semejantes si no idénticas a las que se proponían para civilizar a los países bárbaros de nuestra América.

Desde antes de la última guerra, la lista de las obras sobre la decadencia de Occidente y « Reflexiones sobre la Violencia » habría llenado algunos volúmenes, y cuando Carl Brinkmann debió redactar su artículo para la nueva « Encyclopedia of Social Sciences », concluyó diciendo que no era ya posible considerar que el sistema conocido en la historia bajo el nombre de civilización europea pueda durar más largo tiempo que los que le habían precedido. En otros términos, la palabra ha cesado de tener un sentido en singular y se ha comenzado a sospechar que la verdad no es « la civilización », sino « las civilizaciones ».

Cuando consideramos en América esta evolución de Europa, nuestra experiencia nos obliga a examinar el problema con una óptica diferente, igualmente valde... en lo que concierne a esa distinción del singular y del plural. En Europa, la civilización aparece como la etapa final de la cultura ; la cultura, se dice, se encamina a través de siglos de evolución hacia una organización doméstica y civil, una forma de vida común que, llegada a madurez, constituye la civilización. Nosotros, en América, pensamos que un pueblo puede ser civilizado aun permaneciendo inculto. El encadenamiento de los hechos contado por Spengler no nos parece inevitable. La evolución imaginada por los enciclopedistas puede haber tenido lugar en Europa y no en otros continentes.

GERMAN ARCINIEGAS.

SOLIDARIDAD
LIBRERIA

Aparece el día 1 de cada mes

*
Suscripción semestral, 240 frs.;
anual 480 frs.
*

Giros a A. García, 24, rue Ste-
Marthe, C.C.P. 1601-11. Paris.

La pantalla

EL IL

Producción mejicana, basada en la novela « El » de Mercedes Pinto. Director: Luis Buñuel. Argumento y adaptación: Luis Buñuel y Luis Alcorisa. Fotografía: Gabriel Figueroa. Intérpretes: Arturo de Cordova y Delia Garcés.

UN hombre en buena posición social y económica, sin haber conocido mujer al llegar a la edad madura, siente nacer una pasión por una joven, viéndose correspondido y contrayendo matrimonio seguidamente. Pero su ansia de absoluta es inmensa, se tortura pensando en los besos que su esposa ha podido recibir y la tortura a ella no pudiendo soportar que alguien sea partícipe del más pequeño de los secretos conyugales. La paz del espíritu la consigue después de haber pasado a una clínica psiquiátrica.

Se acostumbra a decir cuando se habla de arte, que la obra es un mensaje que envía el artista. Si esto es así, el artífice Luis Buñuel, envía sus mensajes cifrados. Es en la cinematografía lo que un Salvador Dalí o un Pablo Picasso en la pintura. Nadie como él logra interesar; nadie como él es incomprendido y discutido. Su genialidad tiene como efecto esa diversidad de opiniones que todas sus obras originan. Dicen que al acabar la proyección de « El » a la que asistió Jean Cocteau, cuya sensibilidad en este terreno huelga mentar, casi llorando lamentó el terrible fracaso de Buñuel que, según sus palabras, « acababa de morir como director cinematográfico ». Otras personas, en cambio, afirman que la cinta es la obra maestra del realizador.

Sucede que se va a ver sus películas con la seguridad de que serán removidas, distendidas, puestas en carne viva nuestras fibras sensibles, pero también sabiendo de antemano que será necesario un esfuerzo mental para comprender. Y unas veces el espectador se queda corto y otras se pasa. Así, peca por falta de alcance quien ve en Francisco, el protagonista de « El », un simple paranoico sexual y va demasiado lejos quien cree encontrarse ante una rabiosa proclama contra la religión.

Para nosotros, « El » no es una película de la que se hablará dentro de un cuarto de siglo, como sucede con « El perro andaluz » y « La edad de oro », sus primeras obras, o como sucederá con « Los Olvidados », pero en ella no falta el pequeño detalle, el toque misterioso que salva a una obra y a su autor de la mediocridad. Pasan los días y vuelve a la mente una escena que no pudo ser asimilada o una circunstancia que quedó sin interpretación y que por curiosidad se esfuerza el espectador en esclarecer. Esta es una de las bases del éxito de Buñuel. Sin apenas decir nada, insinúa mucho.

La película que comentamos no tiene la pastosidad dramática de sus anteriores producciones, pero gana en sutileza lo que ha perdido en estridencia. El carácter atormentado del personaje central, aun teniendo todo el dramatismo de otros tipos anteriores llevados a la pantalla por el mismo realizador, está arropado por los convencionalismos sociales y por la educación más refinada. Es en esto que se diferencia de sus predecesores. Por lo demás, no desmerece nada de esos muñecos a los que Buñuel ha infundido vida otras veces, para transplantar al público la angustia que los consumía. Francisco, es más civilizado pero no menos trágico. Lo relativamente comedido de las reacciones del protagonista puede ser debido al deseo de realizar una cinta de buenos resultados comerciales, intención que ya estaba marcada en « Subida al Cielo ». No es

esto lo que se espera de Buñuel y por eso comprendemos la reacción de Cocteau, pero tampoco es « El » una película de tantas. El patetismo que se desprende de la joven esposa cuando ni su propia madre (¿ la sociedad ?) ni el confesor de Francisco (¿ la Iglesia ?) quieren modificar el juicio que les merece el marido, es como un grito de rebeldía de este cineasta genial que, siendo español de nacimiento, reside en Méjico desde que fue implantada la dictadura franquista.

Vemos en Francisco un caso patológico de debilidad (digamos « complejo » que es cosa que se estila) y que por reacción natural, según la teoría con que Adler corrigió la de su maestro Freud, aspira a lo absoluto. Del conocimiento de la propia debilidad extrae las fuerzas necesarias para la lucha. El espectador perspicaz no puede pasar por alto este claro-oscuro de voluntad y abulia, que le lleva a sacrificar su orgullo hasta el extremo de pedir consejo a su criado, y que le permite enamorarse a la que será su esposa por « la sensación de seguridad en sí mismo que de él se desprende ». Es un error presentar el film como el caso de un enfermo movido exclusivamente por los celos. El personaje tiene más fondo y mayor trascendencia. Nos hubiera gustado ver tratado el problema desde el punto de vista filosófico, analizando más la psicología del personaje, pero Buñuel no hace concesiones mentales ni literarias.

El personaje central de « El » absorbe por completo el interés del film y Arturo de Cordova tiene una actuación ajustada y convincente; le secunda Delia Garcés apenas con otra cosa que la dulzura de su voz y de su rostro, que nos recuerda el de la actriz francesa Gisèle Pascal. La fotografía es de Gabriel Figueroa. Hace más de dos años que aceptamos en las páginas de « Ruta » la opinión generalizada que hace de él, el mejor tomavistas del mundo. Hoy nada tenemos que rectificar. A la belleza obtenida y a la perfección técnica demostrada hay que añadir la discreción en la búsqueda de los ángulos para servir fielmente a la anécdota.

En resumen, una buena película que baja ligeramente de tono en relación a las anteriores producciones de Buñuel, pero que deja intacta nuestra confianza y nos despierta la impaciencia por contemplar su anunciada « Robisión Crusoe » que es su primer film en colores.

FEDERICO AZORIN.

La escena

CLERAMBARD

Comedia en cuatro actos de Marcel Aymé. Dirección escénica de Claude Sainval. Decorados y trajes de Jean-Denis Malclés. Intérpretes: Jacques Dumesnil, Dora Doll, Huguette Duflos, Jacques Duby, Camille Guerin, Léonce Corne, etc. Teatro: « Comédie des Champs-Élysées ».

HE aquí una excelente obra teatral. Rara vez durante su representación abandona el espectador la sonrisa, por momentos la convierte en abierta carcajada y permanece en viles hasta el final, sujeto por una curiosidad divertida.

Contribuye a ello el innegable ingenio que pródigamente se ha derramado en el diálogo, que además es fácil, ágil y con frecuencia corrosivo. Los cuatro actos están muy bien contruidos y me vería apurado si tuviese que

elegir entre ellos el más logrado. Todos se mantienen en un terreno de mofa a los convencionalismos e ideas hechas, que es coto preferido de Marcel Aymé.

Ya en « La tête des autres » (La cabeza ajena) pude apreciar su sarcasmo incisivo, casi siempre de extrema dureza, apenas disimulado entre inocentes frases sin socavadora intención; a veces se hace desvergonzado por atrevido pero nunca deja de ser ingenioso. Le encuentro por momentos cierta similitud con la manera de hacer de Voltaire. En aquella ocasión el primer acto me pareció magnífico, lleno de intencionada malicia, y los otros tres inferiores, apareciendo esporádicamente su gracejo acostumbrado. Era la justicia y especialmente la magistratura, quienes recibían el golpe. Posteriormente, con « Les quatre vérités » (Las cuatro verdades) el ataque contra la hipocresía ambiental carecía de fuerza por la amplitud de la crítica. En esta su tercera obra que llega a mi conocimiento, « Clérambard », son las ideas religiosas las colocadas en tela de juicio. Creo que es claramente superior a las otras dos.

No trata Marcel Aymé de adoptar una posición neta ni defendiendo una tesis determinada. Su objetivo es burlarse y provocar la risa del público. El éxito es indiscutible y se debe más a una despierta inteligencia y a un profundo conocimiento del oficio que a la casualidad.

El humor de que hace gala Marcel Aymé no está nunca exento de un marcado sentido lógico. No se trata de historias de locos. La risa la provoca generalmente al cambiar el objetivo, destino o fin del pensamiento, dejando intacta la frase que ha sido origen de la humorada. Casi siempre se reduce a trocar lo convencional por lo práctico o real. Por eso sus personajes son a menudo mal educados, pues no disimulan lo instintivo de su pensamiento, llevándoles esta sinceridad a aparecer cínicos. Un botón de muestra. Dice el conde Héctor de Clérambard:

— « ¿ Vender la casa ? ¿ Estás loca ? ¿ Olvidas que mis antepasados han vivido en ella durante 400 años ? »

— ¿ Y no te parece bastante ? »

Inútil decir que « Clérambard » carece de moraleja. Destruye pero no crea. Los personajes están bien perfeccionados, especialmente el conde, que si reflexiona adquiere un profundo sentido filosófico en sus acciones.

En lucha contra su familia, se suceden las situaciones equivocadas que con el chispeante diálogo hacen las delicias del público, hasta que descubre que se había equivocado de perro, que el que había matado bien muerto quedó, que la « edición del Cielo » la venden en la librería de la esquina y que San Francisco de Asís no se le había aparecido nunca. Al final se les presenta, esta vez de veras, a casi todos los personajes de la comedia, menos al cura que es el único que no lo ve, según dice porque « se ha olvidado los lentes ».

La ironía y ligereza con que se habla de ciertas cosas son divertidísimas. Por ejemplo, cuando el cura intenta disuadir al conde de su exceso de bondad y le aconseja no seguir el evangelio al pie de la letra porque le puede llevar a posiciones revolucionarias debiendo tenerse, por el contrario, a las enseñanzas de la Iglesia, añade: « La Iglesia tiene como misión defender a los fieles contra la palabra de Cristo ».

Debo reprochar al director de escena, la efusividad de que hacen gala algunos actores para provocar la carcajada, especialmente el hijo del conde. La obra es lo bastante cómica para poder pasarse de esas fantasías. Los decorados y efectos teatrales son de buena factura. Los trajes apropiados.

En cuanto a la interpretación, diré que Jacques Dumesnil (conde Héctor) cumple su cometido con un trabajo sobrio aunque algo declamatorio por momentos; Dora Doll, presta al personaje de « la Langosta » una viveza y desenvoltura muy estudiadas, sin poner en cambio la motita de malicia que le daría más relieve y que me parece imprescindible. A pesar de ello, el tipo de ignorante desvergonzada está bien conseguido. Jacques Duby (Vizconde de Clérambard) hace gala de una gracia muy personal, siendo acertadísimo casi todas sus intervenciones, excepto en esos momentos de expansividad que ya le he reprochado al director de escena. El resto de los actores y actrices, entre ellos Camille Guerin (el cura) muy acertados. Es uno de los mejores conjuntos que me ha sido dado aplaudir en estos últimos tiempos. Acabará lamentando que el teatro francés moderno, aunque de excelente factura, no pueda prescindir del uso de todas las palabras groseras incluidas en el diccionario.

F. F.

Festival de arte dramático en París

Se está celebrando en el teatro Sarah-Bernhardt, en la plaza del Châtelet, el Festival de Arte Dramático de París. Fué inaugurado por una compañía italiana que bajo la dirección de Raymond Rouleau, interpretó con éxito apoteósico « Cyrano de Bergerac ». Todos los actores y muy especialmente Gino Cervi, tuvieron una actuación magnífica.

Después se presentó « Los aparecidos » de Ibsen por el Det Nye Teater de Oslo, con la colaboración de Lillebil Ibsen. A continuación actuó el Ny Teater de Copenhague que puso en escena « El Cid », precediendo a « Tío Maroje » por el Teatre Dramatique de Belgrado.

En los primeros días de este mes tiene que actuar la representación española, que es la compañía del teatro « Lope de Vega » de Madrid y que bajo la dirección de José Tamayo dará unas representaciones de « La vida es sueño », de Pedro Calderón de la Barca. Esperamos de los cómicos españoles que dejarán en buen lugar el arte interpretativo hispano ayudados por la joya de nuestra literatura que van a poner en escena.

La Biblioteca de SOLI ofrece a sus lectores una gran variedad de Dictionarios españoles e ilustrados Dictionarios bilingües Sinónimos y de la rima Métodos para el estudio de lenguas

Toda suerte de libros técnicos y profesionales (en francés) Textos escolares y de enseñanza en general.

Puede servirse toda clase de libros en francés, siempre y cuando se especifique debidamente el título, nombre de autor y editorial.



Arturo de Cordova

principal intérprete de la película **EL**

¡Niñas! ¿Queréis virnagas?

Era Matilde de estatura regular, pareciendo más baja por lo fornida, de andar despacioso, tirando a cansino, y de voz más que clara, aguda, desgarrada, exacto, quizá, de su continuo pregonar.

Vestía de retales, recosidos y rezurcidos, limpios como los chorros del agua. Casaca y saya y, si refrescaba, toquilla de lana negra repartida en tres picos; medias de algodón sujetas con dos tirajos por abajo de las rodillas (lo sé por mor de las ponentadas) y alpargatas en chancías, amén de refajo con faltriquera, enaguas, corpiño y otras prendas íntimas que no son de referir, ni puedo hacerlo porque siempre fué Matilde mujer muy recatada y pagada del pudor femenino, tal como entonces se entendía, que se entendía muy distinto de hoy. Dos ajorcas de oro colgando de las orejas y un broche esmaltado prendido en el pecho, adornaban la vieja y simpática figura, salvo los días negros en que por aprietos de la necesidad había de empeñarlos en el Monte de Piedad, del que diré que era institución montaraz pero nada piadosa.

Fáltame describir pelo y peinado, que dejé para postre por ser lo más sabroso de esta agradable persona. Lleváballo tirante de los lados, recogido de atrás, al aire libre la columna del cuello, y un moño abundoso y airoso en lo alto, figurando un conjunto de plata bien labrada. Ni más ondas, ni más rizos, ni más nada, y en aquella sencillez que limpia perfección. Sobre el moño se mecía la virnaga de jazmines, un tanto ladeada, que en esta inclinación de ofrenda estribaba la gracia del adorno.

Dedicábase Matilde a la venta de virnagas y de ahí le vino el remoquete de la Virnaguera. En cesta de mimbreras, plana y anchurosa, paseaba su mercancía, cubierta con blanco paño, desde las tres de la tarde y hasta que anochecía. Dijérase que tenía predilección por las callejuelas estrechas, esas calles antañonas, retorcidas, asombradas, cuajadas de rejías, celosías y tientos de flores, en que casi se tocan los vuelos de los balcones abrigando al pasante del sol y de la lluvia. Han dado los urbanistas en demolerlas, enderezando amplias y rectilíneas avenidas. Razón técnica habrá cuando lo hacen, mas la reforma no va a la razón de mi gusto. En cada uno que desaparece se me muere en los ojos un anciano dicharachero que cada día nos cuenta sus recuerdos de amor y de guerra, aderezados con dulces cuentos de infancia. En estos callejones típicos apenas si había espacio para Matilde y su cesta, sostenida entre brazo y cadera. Anunciaba su paso el olor penetrante de los jazmines, cuando no lo hacía ella con su pregón desgafitado y persuasivo:

— ¡Niñas! ¿Queréis virnagas? Comprármelas hoy que huelen a gloria!

La virnaga no es obra complicada aunque precisamente por lo sencilla denote a simple vista el buen o mal gusto del que la compuso. Basta para formar una horquilla del pelo y un puñado de jazmines blancos y frescos. Se van ensartando los jazmines en las patas de la horquilla y ya está compuesta la virnaga. Pruebe quien quiera y según le resulte se sabrá de su gusto. El de Matilde era excelente. En un santiamén la hubierais visto rematar la moña de la virnaga. Medida de perspectiva su brazo extendido delante de los ojos con ligero vaivén que hacía flotar los jazmines ya presos en las patas de la horquilla, y tras dos toques suaves con las yemas de los dedos quedaban ajustados, cual satisfechos y agradecidos a la caricia, dijérase que sonrientes, como sonríen los niños cuando el mayor les brinda el halago de un mimo. Raro era que Matilde regresara a su casa con alguna virnaga en la cesta. Entre sus parroquianas las había que tenían jazmineros frondosos y cada día gastaban las dos perricas de la virnaga de Matilde. Suele decirse que algo tendrá el agua cuando la bendicen. Ese algo de gracia, de encanto tan sencillo y tan difícil, distinguía a las compuestas por la Virnaguera, asegurando su sustento.

Muchos años de oficio y una constancia regular, de péndulo, a prueba de inclemencias, la hicieron popular en la ciudad, desde la Chanca al Barrio Alto y desde el Quemadero a las Almadrabi-



RES duros y algo decía contar a la época Matilde la Virnaguera. Aclararé, para los que no son de la época, que cada duro tiene veinte reales y cada real equivalía, en el computo de Matilde y sus coetáneos, a un año de existencia. Contaba, a su dicho, sesenta cumplidos y diré, de mi parte, que muy bien llevados.

Bien metida en carnes, regordeta, carirredonda, de nariz arremangada y chatunga, los ojos igual que dos olivas de cuquillo, negros y brillantes, se veían afeados por los cercos rojizos del

tracoma, devorador de las pestañas que sin duda fueron largas y sedosas. Castigo de las morenas, una sombra de bigote decoraba el labio superior y tres pelachos rebeldes, como cerdas de jabalí, se erguían en el lunar plantado debajo del ojo izquierdo, grano de pimienta que, sin las agravantes de los pelachos, debió ser gracia y encanto de su cara. Sólo los dientes, pequeñines e iguales, como una eterna sonrisa blanca, ponían una nota de perfección en aquél rostro ajado.

por
J. PÉREZ BURGOS

llas. Pasando a las mismas horas por los mismos lugares, su presencia era campanada de reloj de torre: — Ahí va la Virnaguera, deben ser las cinco.

Nadie quería mal a Matilde porque era mujer de buen decir y poco amiga de llevar y traer chismes y cuentos, caso no muy frecuente en estos oficios de trotacalles. Se interesaba Matilde en cada casa por la salud y situación de cada uno, prodigando sonrisas y consuelos, y a la inquisitiva intención de algunas vecindonas acerca del prójimo, respondía por este estilo amigable: — No me digas, mujer, la Pepa es muy buena, un alma de Dios —. Hasta los chicos, que entonces teníamos la mismísima piel del diablo, queríamos y respetábamos a Matilde y nunca se nos ocurrió hacerla objeto de nuestras burlas y befas.

Vivía Matilde en la parte alta de la calle de Regocijos, pagando 30 reales de alquiler mensual. Una casilla modesta, con puerta y ventana a la calle, correspondiendo a la habitación de entrada, la más espaciosa, que oficiaba de sala y comedor de respeto; alcobita pequeña a la izquierda, frente al hueco de la ventana, y a la derecha, cara a la puerta de entrada, el pasillo estrecho que conducía a la cocina; frontera a ésta otra alcobita interior, con camarilla o desván para baules y trastos viejos, que nunca faltan; y, en fin, desde la propia cocina, puerta de acceso al patinillo, pulmón de la casa, donde situaba la pila de lavar y el cuartoito excusado; cruzaban el patinillo los alambres para el tendido de ropa y toda la tapia, no muy alta, que al fondo lo cerraba, veía-se ocupada por el jazminero de jazmines blancos, prenda la más preciada y cuidada del ajuar de Matilde, de donde sacaba el pan nuestro de cada día, amasado, eso sí, con el sudor de su frente. Unos rosales, rosas rosas, blancas, rojas, marfileñas de teclado viejo y unas macetas de claveles reventones, a más de un macetón de albahaca, completaban el primor del patinillo.

No tan lucido el arreglo interior. En la habitación de entrada, mesita de centro, imitación de caoba, con salvamanteles de puntillas y calados y un jarrón de cristal repleto de flores artificiales; adosada al testero de la junto a la ventana, consola antigua, de patas arqueadas y piedra de mármol blanco, y sobre la consola un espejo de marco dorado con penacho de remate; a los lados del espejo los retratos del señor Manuel, ya difunto, y de Matilde, muy reguapos pero muy raros, que siempre lo son los hábitos pasados para los del presente. Batiburrillo encima del mármol de la consola: el reloj despertador, una caja de lata con los utensilios de costura, floreros, imitación de Talavera, con flores naturales, la estampica de la Virgen del Mar y la taza que sirve de mariposero, carpeta de papel rayado, tintero y pluma, la cajilla de mixtos y el quinqué,

pieza de herencia, encendido con unción cada noche. Cuatro sillas enanas de madera blanca con asientos de anea, la mecedora clásica de magnífica lona, a prueba de los 80 kilos de Matilde y, colgando de la pared, un cromo de almanaque, sin taco de calendario que, por las trazas, fué el remanso preferido de las moscas.

Recatan la entrada de la alcoba dos panes de tul, recogidos graciosamente a cada lado por la cintura de dos lazos azules. Pocos chismes allí, aunque tampoco cabrían más: la cama de hierro, con flejes; mullido colchón de lana; albas las sábanas; una sillita baja, la mesilla de noche, cojitranca, con palmaria y vela; el orinal de loza, invisible; y sobre la cabecera una litografía de Santa Lucía, protectora de la vista, que debiera ser Patrona de los almerienses. Olvidaba el ramito de hierbas secas sujeto a la pared con una cinta descolorida, de cuya naturaleza y significación nunca supe.

En el pasillo ningún estorbo porque apenas si llega a pasarlo Matilde de frente y en más de una ocasión se encaló las caderas por el frote obligado de la estrechura.

Presenta la cocina un milagro de orden y de limpieza y de no ser así más hubiera semejado corraliza que lugar de estar y de guisar. Mesilla de pino blanco, azotada con estropajo y jabón a cada poco; en el cajón, minúsculo, los cubiertos relucientes, alineados tenedor con tenedor y cuchara con cuchara; las servilletas plegadas, como salidas de la plancha y el salero en un rincón. Cocina baja, de campana, con leja donde aquella comienza; la leja cubierta con tira de papel de color vivo, figurando puntillas de bolillo, y en la leja los potes de hojalata, harina, sal, pimienta, clavillo, laurel, azúcar, café y el molinillo de café, un vaso destentado con ramo de perejil casi mustio, más unos platos de loza antigua rameados en azul. Sobre la campana de la chimenea campear los viejos cacharros de bronce, en desuso, brillantes como el oro, y más arriba el aspa de dos cucharones, también de bronce. En el hogar de la chimenea el anafe con rejilla y colgando a los lados la vajilla de uso, oculta allí como avergonzada de sus bruñidos antecesores: puchero y cazuela de barro colorado, perol y sartén de hierro y dos cazos de porcelana algo desportillados; una esportilla con corazones de mazorcas y un cajón que hace de carbonera; el candil chorreando de aceite...

Más me entretendría detallando lo que resta por contar del modestísimo hogar de Matilde, pero temo que las cascarrias no agraden y, más, hacerme cansado con mi premiosidad descriptiva.

Ocurrió que un edil de los leídos y escuchados, hombre pagado de erudición

quiero decir, fuese nombrado presidente de la Comisión de Ornato. Falto, seguramente, de medios económicos, porque el erario municipal solo trampas contaba, abstuvo de acometer las cien obras de ornato de que estaba necesitada la ciudad. Y continuaron los jardinitos públicos sequerizos e incultos, las plazas y calles barridas por el viento, los solares sin tapias y las fuentes sin agua. Arremetió nuestro edil contra rótulos y pregones, celoso del buen escribir y del buen decir, borrando y rectificando no se cuántas enseñanzas por defecto de ortografía o sintaxis. De alguna recuerdo que era gorda. Tal la del comerciante en granos de Los Molinos que había escrito en la fachada con letras de a metro (textual): « SEBENDE PAGA Y SEBADA ». Entre los pregoneros fué víctima nuestra buena Matilde. Convocada al Ayuntamiento se le previno que en lo sucesivo no podría pregonar sus jazmines como lo venía haciendo.

— ¿Y cómo haré, señor, a mí que me estorba lo negro?

Pensolo unos minutos el edil y en tono sentencioso le repuso:

— No pueden tolerarse esas confianzas con el público. ¿Qué dirán los forasteros? Dirán que somos un pueblo de salvajes. Se acabó y se acabó! Ya no dirá Vd. más eso de « ¡Niñas, queréis virnagas! ». Con educación y con respeto habrá usted de decir: « Señoritas, ¿quieren ustedes comprar virnagas? »

— Mire usted, señor concejal, eso no puedo yo decirlo aunque me aspen. Yo soy una infeliz mujer que no sabe leer, ni escribir, y vendo mis virnagas como Dios me da a entender.

— Las venderá usted como yo he dicho o no las venderá. A ver, repita el pregón así: Señoritas, ¿quieren ustedes comprar virnagas?

— Señor, que se van a reir de mí. Menudas parroquianas tengo yo. Gente buena, sabe usted, pero poco más o menos de mi estilo. ¡Ea, que eso del señorío, no me entra ni a tiros!

— ¡Repítalo!

— Que no me entra, hombre, que no me entra.

— Me refiero al pregón.

— Pues allá va —. Y una mano en la cadera, como si llevase la cesta, la otra de portavoz junto a la boca, Matilde lanzó el pregón a grito pelado, conmoviendo los cimientos del Ayuntamiento:

— ¡Señoritas! ¿queréis ustedes comprar virnagas?

El fallo popular, que en Almería suele ser picante y jocoso, puso término a la cuestión. Corrido por las burlas dimitió el edil, muy digno. Y Matilde, más popular que nunca, siguió pregonando sus jazmines con aquel su desgarrado confianza:

— ¡Niñas! ¿Queréis virnagas? Comprármelas hoy que huelen a gloria!



— No. A ver... ¿de qué se trata?... Don Listo examinó, se encogió de hombros y torció el gesto.

— Ah, ya!... de escritorzuelos y poetrastos, gente de mal vivir que nunca tiene un cuarto.

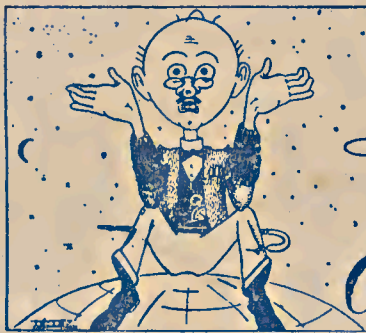
— Pero dice ahí — precisó Don Cándido — que los nuestros, vamos los españoles, son bastante cabezotas para no reconocer los infinitos bienes que debemos al generalísimo. Ahora que, según parece, no lo hacen mal. Escriben bien y todo. Yo estoy orgulloso.



— ¿De qué?... ¿Puede saberse?... — Pues de que vean por el mundo que aún hay españoles que tienen algo en la mollera. Porque, la verdad... lo que se hace por aquí... — ¿Y qué se hace por aquí, desdichado? — surgió Don Listo.

— Hombre, traducir, traducir novelistas rosas, novelitas blancas, de esas que acaban siempre casándose.

— Don Cándido: usted sigue radioactivo perdido. Claro que se traduce. La España de hoy, la de la cruzada pro-civilización occidental, es un país con ansias espirituales internacionales. El



Las tribulaciones de Don Cándido

generalísimo — que Dios guarde muchos años — no nos ha hecho una España amarga como la de la República o la de Ortega y Gasset. Claro, también, que se traduce preferentemente lo rosa y lo blanco. La España del generalísimo — que Dios guarde — tiene decencia y religión. Pero también tenemos grandes escritores, de esos que editan por millares y que viven en casa con ascensor y calefacción central, como debe ser. Hay un Jacinto Benavente...

Cándido. ¿Y de Fernández Florez que me dice usted?... — Ese... muy bien. « El relato inmoral » me gusta mucho.

— Eso fué un pecado de juventud! Usted acabará mal, Don Cándido. Tan mal como esos muertos de hambre que andan haciendo libracos por esos mundos. No merece usted más. Andar en chancletas, muertecito de frío y con el estómago vacío detrás de esos refugiados de todos los demonios.

— Ah!... ¿Porque usted cree que si no lo hubieran apiolado — ¡pobrecito! — no sería refugiado? — No señor. Hubiera escrito romances blancos y rosas como era su obligación. Pero ya ve usted si el generalísimo — que Dios guarde! — es justo. Ahora enseñan sus versos en las escuelas. Lo hemos hecho clásico, clásico moderno. Es como decía el Tenorio: « No tendréis queja de mí »...

Don Cándido y los refugiados políticos

— Ah, sí!... ¿Vive aún ese señor? — ¿No ha de vivir, inocente?... Y haciendo comedias morales y decentitas y no aquellas atrocidades que hacía cuando era joven, aquello del polichinela rico lleno de jorobas!... Ahora escribe obras serias como « La Infanzona ».

— Espere usted!... Eso lo he leído yo. Una cosa tremenda con un hermano asesino que le hace un niño a su hermana. ¿Una pequeñez!... Y luego la hermana lo mata a él y se queda tan fresca y ni siquiera para vengar su honor sino por no sé qué lio de una finquita que el Angelito le quiere vender.

— No entiende usted ni torta de literatura, Don Cándido. Eso es teatro macizo, castizo, virilidad y nada más que virilidad.

— Ha dicho usted virilidad... y Benavente, Don Listo? Usted está hoy de buen humor.

— No quiero discutir con usted, Don

Pues mire usted, Don Listo, no me desagradaría porque la verdad, muerto de hambre y con más frío que un gato chico también ando aquí y encima no puedo decir lo que se me ocurre como ellos que le dicen la verdad al lucero del alba y se quedan tan anchos. Y además me parece que hay refugiados que no lo pasan tan mal. Ahí tiene usted al doctor Negrín, el de las píldoras, o a Don Inda.

— Pare usted el carro, amigo, que esos no son del rebaño!... Son hombres políticos, « líderes » en desgracia. No se imaginara usted que si tuviéramos que ser refugiados usted y yo, por ejemplo, íbamos a vivir lo mismo. Yo sería siendo yo... y usted las pasaría moradas. Siempre habrá clases, amigo. Es como si fuera usted a comparar uno de esos poetrastos desmayados de que habla este artículo con... García Lorca, por ejemplo.

Pues le diré a usted, Don Listo. Yo prefiero que no me apiolen aunque no me hagan clásico moderno. Porque también me acuerdo de eso de « al burro muerto »... Y además, a propósito de burros los que matan a los poetas son burrisimos. La prueba es que luego los tienen que resucitar. Mire usted que si tienen que resucitar también a los refugiados! Menudo trabajo tantos como son! Ya ve usted, después de decir que eran esto y lo de más allá han tenido que reconocer que algunos tienen talento y todo.

— Talento, talento... a cualquier cosa le llama usted talento!... Digamos que aunque no lo merezcan tienen algún átomo de hispanidad.

— No me hable de átomos, Don Listo, que se me ponen aún los pelos de punta!... Pero volviendo a lo nuestro... ¿usted cree de verdad que si tenemos que ser refugiados usted y yo...



— ¿Y cómo vamos a serlo, Don Cándido? — No diga usted tonterías! — Pues siéndolo, señor, si se vuelve por ejemplo la tortilla. En fin, si lo somos... ¿cree usted de verdad que yo seguiré pasándolo malamente y que usted comerá pollos asados y langosta con mayonesa? — Claro que lo creo!... Yo seguiré siendo un distinguido economista y usted un pobre diablo, pues no faltaba más!

— ¿Y por qué? ¿Quiere usted hacer el favor de decirme por qué? — Porque hasta para ser refugiado hay que tener vista, Don Cándido. Ya ve usted, refugiados hay que vuelven cuando les da la gana y siguen siendo ilustres y excelentísimos señores, que ya es tener vista!... Y en cambio a otros que no hacen más que asomarse a la frontera los pican por anarquistas, por terroristas y por petardistas.

Don Cándido reflexionó un momento y... — ¿Pues sabe usted lo que le digo, Don Listo?... Que puesto a ser refugiado preferiría no volver hasta que pudiera cortar las orejas a todos esos señores con vista que juegan con dos barajas y se guardan siempre la mejor en la manga, como los prestidigitadores. Refugiado con langosta y con pollos no es refugiado con decencia. Escritor que escribe lo que le mandan para tener bien llena la barriga no es escritor. Y hombre ilustre que dobla el espinazo no es ilustre... es... un sinvergonzón de tomo y lomo.

Don Listo consideró a Don Cándido con infinito desprecio.

— Siempre dije que usted acabaría anarquista, desgraciado... ¿qué va a esperarse de un anarquista? — Bien mirado también, mucho más que de un distinguido economista, de un ministro o de un diputado... vergüenza, Don Listo, muchísima vergüenza!... Y un espinazo... que no hay quien lo doble!

La primera alumna de español en Francia

• Viene de la primera pág. •

recer la supremacía que en estos últimos tiempos tenía el francés.

Habría que reconocer la influencia que en este revigoramiento de nuestro sonoro idioma han tenido los refugiados españoles, que lo han llevado a todas las actividades de las naciones donde viven actualmente, sobre todo por parte del numeroso profesorado que enseña en todas partes del globo. No en vano la intelectualidad española con inquietudes de perfección, dejando aparte escasísimas excepciones, tomó el amargo camino del destierro.

Voy pensando en tales cosas al dirigirme al domicilio de la señorita Nelly Naels, por estas calles de Aulnay-sous-Bois en que el atardecer rueda lentamente y en silencio. ¿Qué diferente este sosiego al correr desalado de las multitudes en la ciudad cercana! Es aquí donde Nelly ha preparado su triunfo con inteligente perseverancia.

— ¿Por qué ha decidido usted estudiar el español? — Al principio, y siguiendo los consejos de mi papá, por creer que la similitud con el francés podría ser una ventaja en mis estudios.

— Y, naturalmente, está satisfecha de la elección... — Así es; pero no por las causas que había imaginado. Pronto me di cuenta de que esa similitud era más bien un obstáculo y que el estudio debía realizarlo sin pesar en esas facilidades que, aparentemente, suponía el parangonar las palabras francesas con las españolas.

— ¿Y se sintió usted decepcionada por ello? — Nada de eso. En aquellos momentos me sentía ya ganada por su belleza. Me gusta el español. Me gusta sobre todo su sonoridad, la franqueza con que se emiten los sonidos, bien diferenciados, sin ambigüedades.

— Eso tiene sus inconvenientes. ¿Sabe usted que el español es una de las lenguas más pobres desde el punto de vista fonético? — Que los sonidos que se expelen al hablar castellano son muy reducidos? — Que quizá por eso los españoles encontramos tantas dificultades en el estudio de otros idiomas y que se nos hace casi imposible la pronuncia-

ción de eu, u, je, o j'ai por no citar que algunas en el francés? — Ya sabía algo sobre eso. Pero los tales sonidos franceses son intermedios entre otros sonidos, mientras que esas z, j o rr de ustedes son extremos en las posibilidades de elocución humanas. Después de ellas ya no hay más sonido posible.

Nelly me habla con esa seguridad que se desprende del profundo conocimiento del tema. En la cercana habitación, grande, pulcra, soleada, sus hermanitos se mantienen a duras penas silenciosos para no molestarnos. Son muchos, seis, u ocho, o diez, no sé exactamente, que deben armar alborotos terribles y que si se deciden todos a estudiar idiomas formarán una pequeña torre de Babel alrededor de la enorme mesa familiar.

Hablamos seguidamente de su éxito. Nelly, modesta, hace partícipe de él a Mme. Gaulhiac, su profesora en el « Lycée Lamartine », y me recuerda que ha sido solamente el segundo premio el por ella obtenido. Yo sé que el primero le fué adjudicado a una muchacha que reside en Madrid y que ha venido a Francia para realizar los ejercicios; añado que, sin quitarle méritos a la vencedora, bien puede considerarse como fuera de concurso por las facilidades que ha tenido en su preparación y, por mi parte, de buena gana considero a Nelly como la primera alumna francesa, máxime teniendo en cuenta que todavía no conoce España. A mediados de julio va a visitarla y tendrá un primer contacto directo con nuestro país. Este viaje es una especie de premio a los méritos contraídos en la preparación de los exámenes.

Me dice que no ha tenido ocasión de hablar con españoles y que siente cierta inseguridad sobre los resultados, y sin embargo, observo que Nelly tiene una pronunciación muy aceptable. Le he dicho más tarde, que conoce el español mejor que muchos españoles y su mamá y ella han sonreído creyendo amabilidad lo que únicamente era sinceridad por mi parte.

El ejercicio que le valió el triunfo fué la traducción al francés de un extracto de « Andanzas y visiones españolas » de Miguel de Unamuno, y seguidamente, un comentario histórico, artístico y literario de dicho extracto, redactándolo en

la lengua de Cervantes. Me muestra el tema y me explica la línea seguida en su comentario: la personalidad del rector de Salamanca; unas líneas tratando del parecido entre la arquitectura de la vieja ciudad castellana y el estilo recargado y afectado de León, citado en el original de Unamuno, y un recuerdo al « decíamos ayer » con que inició su labor al hacerse cargo de su cátedra después de haber estado encarcelado y liberado por la Inquisición. Me habla del Tormes, de ese río que acaricia a Salamanca con su ternura líquida y del « Lazarillo », pintura de la España picaresca, en la que se encuentran aunadas la gracia, la inteligencia, la malicia...

Más que suficiente nuestra conversación para darme cuenta del acentuado conocimiento que tiene de España y del interés que se le ha despertado por ella al contacto de nuestros clásicos.

— ¿Cree usted que la España de pandereta, la de toros y madroños, navajas, saetas, guitarras y bailes jaleados, ha tenido una influencia en esta curiosidad que siente usted por nuestras cosas? — Me parece que no. Principalmente porque apenas he tenido contacto con ella. Todo lo que puedo conocer acerca de las cosas de España, lo he aprendido en los libros y de mi profesora del « Lycée Lamartine », Mme. Gaulhiac, y créame, que en muy rara ocasión he tenido conocimiento de esos detalles, reservados casi exclusivamente al cine.

— Cierto, y con objeto — añado — de crear un clima exótico y sugestivo que pueda traducirse en prósperos negocios comerciales. Pero en fin, pronto tendrá usted ocasión de ver a nuestras gentes, y necesario le será estar alerta para no dejarse llevar por la penosa impresión que pueden causarle la opulencia y la miseria que allí reinan; espero que podrá usted separar el oro de nuestro pueblo de la paja, tan brillante y decorativa como inútil, de nuestras instituciones.

Y todavía antes de marcharme, me habla de sus proyectos, de su deseo de profundizar más en el conocimiento de nuestra lengua y de todo cuanto se refiere a España, por la que siente una gran simpatía.

LORENZO LANUZA.

BELIS.



INFANCIA

por Garcilano Ramos

Entre los modernos escritores brasileños, Garcilano Ramos es uno de los que llega a la madurez alejado de todo círculo literario, y se distingue por el estudio que de sus personajes hace en los villorrios perdidos de los calcinados desiertos brasileños.

Su obra ha revelado la presencia de esas vidas humildes y humilladas, silenciosas y martirizadas en lucha contra una naturaleza implacable que agudiza las pasiones y acrecienta los problemas de las criaturas humanas.

La penetración psicológica caracteriza singularmente a este notable creador, que se aparta de todas las reglas conocidas en la literatura regional, para incorporar a su obra un matiz de recia emotividad.

Un volumen de formato bien presentado, con 185 páginas de interesante lectura. Precio : 420 francos.

EL HOMBRE Y SU MUNDO

por Waldo Emerson

Hay nombres que, por sí, son una garantía : el de Emerson está en este caso. Filósofo y moralista notable, entre sus muchos libros se destaca con perfiles propios el aquí mencionado, que, en vez de haber envejecido con el transcurso de los años, se hace cada vez más actual y necesario.

Pocas, en verdad, son las lecturas tan llenas de enseñanzas como la que ofrece esta célebre obra maestra que ha servido para la formación del carácter y la moral de distintas generaciones y, a través de cuyas páginas, puede decirse que se siente circular un aire de altura. Aquí, pues, hallará el lector múltiples motivos de meditación sobre temas de la mayor importancia para todos, como es la confianza en sí mismo, la amistad, etc.

170 páginas en un volumen de cuidada presentación. Precio : 525 francos.

EL SEXO EN LA CIVILIZACION

Autores varios, prólogo de Haverlock Ellis

Hasta hace poco tiempo, todas las investigaciones que tuvieron relación directa con el sexo eran consi-

deradas tabú. Sin embargo, los hombres de ciencia modernos supieron vencer, no sin trabajo, los prejuicios del puritanismo ambiente, rompiendo esa valla de superstición y gaza que amenazaba a las nuevas corrientes educativas. Con su tenaz oposición inició la era de las investigaciones sexuales.

Freud y sus discípulos fueron los primeros rebeldes, pero sus protestas contra las antiguas actitudes sexuales tienen hoy un carácter revolucionario más amplio.

En esta obra, expresan, en efecto, los aspectos de esa revolución y valoración nueva, dando cabida a todas las opiniones autorizadas, sin distinción de escuelas.

Comprende « El sexo y la civilización » tres volúmenes, dividido cada uno en capítulos cuyos enunciados en sí despiertan ya la curiosidad del lector, pues trata el primero de « El sexo a través de los siglos » y « El papel del sexo en la conducta » ; el segundo « El sexo y la psicología » ; « El sexo y el psicoanálisis » y el tercero « Aspectos clínicos del sexo » y « El sexo en la poesía y en la novela ».

265 páginas cada libro ; bonita presentación. Precio : 670 francos.

FABIAN

Historia de un moralista

por Erich Kästner

Fabian es un joven soñador que no logra encontrar campo de acción en un mundo desprovisto de valores éticos, al cual no puede adaptar su naturaleza esencialmente moral. El conflicto nace de la imposibilidad de ser un especulativo más, simple espectador de un mundo que, acosado por problemas que exceden su capacidad de amor, se desgarran. Esta novela, realista e idealista a la vez, puede considerarse actual porque transcurre en el lapso entre ambas

guerras. Kastner, con un estilo magnífico, lleno de sugerencias y de humor, estudia la sociedad destruida por la locura y el drama del hombre. Además, apunta crudamente la falacia de los principios morales falseados y las ideas corrompidas, pintando cruelmente las dudas, incertidumbres y abismos de una generación que dejó las aulas para ir a las trincheras y que luego se encontró sin aulas, sin amor y sin paz.

215 páginas de texto ameno. Precio del volumen : 460 francos.

MEMORIAS

DE UN ALCOHOLISTA

por Jack London

Al nombrar a Jack London se evoca un mundo donde alternan los mares y ciudades, puertos de tentación y locura, con los altos escritores de las gentes bajas, que matan y corrompen ; significa creer que la aventura humana va rectamente hacia un fin y que el hombre habrá de alcanzarlo.

Pero el hombre, en su doble aspecto de santidad y demonio, ha sido captado por London con una lucidez digna de su auténtica condición de escritor. El hombre tiene un alto destino pero transita por caminos oscuros, en los que el vicio suele ser su compañero de viaje. El protagonista de la obra, Jhon Barleycorn, es el símbolo del vicio, en su caso particular la bebida. El vicio se adhiere al hombre y lo aleja de su camino de redención, le hace volver la espalda a su mejor condición, le dicta terribles palabras al oído, que sólo él escucha y de donde nacen los hechos que configuran su ruina.

Y el escritor se nutre de esa muerte del hombre, que se desangra sin remedio bajo las órdenes de un mandato misterioso, cuyo sentido oculto quiere penetrar.

220 páginas de interesantísima lectura. Precio : 530 francos.

TOM SAWYER

Detective y aeronauta

por Mark Twain

El simpático Tom Sawyer, inagotable en sus recursos, ofrece en este libro nuevas y fantásticas aventuras como otros tantos capítulos de la popular biografía juvenil creada por Mark Twain.

De nuevo la fiebre de Primavera se apodera del protagonista y le lanza a un estupendo viaje en el que le suceden los lances más inesperados. Reviven bajo inéditas facetas los antiguos personajes — tan familiares a los lectores chicos y grandes — de Tom Sawyer, Huck, la tía Polly, el esclavo Jim, la tía Sally, los moradores de la estancia del tío Silas. Además, los paisajes agrestes, descielos con la fuerza pictórica habitual en el autor, parecen transportarnos a las magníficas selvas de Arkansas o a las orillas del Misisipi.

Completa el volumen T.S. el aeronauta, en donde campea la inventiva más lozana y variada y el humorismo sin par de quien es reputado como uno de los cuentistas más preclaros de la literatura moderna.

240 páginas de texto. Precio : 380 francos.

EL SENTIDO COMUN

por Yoritomo Tashi

Entre las mejores obras destinadas a la educación de la voluntad y la superación individual, figuran, con justa nombradía, las del pensador japonés Yoritomo Tashi. Esta, la más representativa, ofrece al estudioso insospechados recursos que surgen de las ideas cotidianas más simples.

Dícese, no sin razón, que el sentido común es el menos común de los sentidos, pero hay que agregar que está al alcance de cualquiera, conforme lo demuestra este hermoso libro donde con estilo ameno, al que adornan las parábolas e imágenes, se presentan las enseñanzas necesarias para llegar a poseer ese don indispensable en la lucha por la vida.

Hermoso formato del volumen, como todos los de la Biblioteca de Superación Personal de las Ediciones Americanas de Buenos Aires, 150 páginas de agradable e instructiva lectura. Precio : 525 francos.

BIBLIOTECA DE « SOLI » BIBLIOTECA DE « SOLI » BIBLIOTECA DE « SOLI » BIBLIOTECA DE « SOLI » BIBLIOTECA DE « SOLI » BIBLIOTECA DE « SOLI » BIBLIOTECA DE « SOLI »

COLECCION « CRISOL »

De 500 a 900 páginas ; textos íntegros ; impresos en papel biblia ; tipos de letra perfectamente legibles ; encuadernación en piel flexible con estampaciones en oro y en seco ; una lámina en huecograbado. 500 francos el volumen.

Tirso de Molina : El burlador de Sevilla - Convidado de piedra - Don Juan de las calzas verdes - La prudencia en la mujer.

Bernard Shaw : Santa Juana.

Francisco de Quevedo : La vida del buscón - Sueños y discursos.

Jacinto Benavente : Los intereses creados - La ciudad alegre y confiada - Cartas de mujeres.

Fray Luis de León : Poesías completas.

Concha Espina : La rosa de los vientos.

Georges Lafenestre : La leyenda de San Francisco de Asís.

Fernández de Moratín : Teatro completo.

Lope de Rueda : Pasos completos

Raimundo Lulio : Blanquerna - Libro del amigo y del amado.

Saavedra Fajardo : Corona gótica.

Varios : Cuentistas catalanes contemporáneos.

Padre Feijóo : Ensayos escogidos.

Juan Valera : Juanita la Larga.

Santa Teresa : Castillo interior o las moradas.

Condesa de Espoz y Mina : Memorias.

José Cadalso : Cartas marruecas - Los eruditos a la violeta.

Juan Ruiz de Alarcón : La verdad sospechosa - Los pechos privilegiados - Ganar amigos - Las paredes oyen.

NUEVOS TITULOS

Leonhard Adam : El arte primitivo 305

Erich Kästner : Fabian historia de un moralista 460

Thoby y Marcelin : Canapé verde 460

Frank Gervasi : ¿ Pañal quién Palestina ?, cartóné 460

Yoritomo Tashi : El sentido común 525

Paul C. Jagot : Método práctico de autosugestión y sugestión 525

R. Waldo Emerson : El hombre y el mundo 525

J. Salas Subirat : Los objetivos, los obstáculos y los medios 525

H. James : Daisy Miller - Los papeles de Aspern 305

Alfonso Daudet : Safo. tico 685

M. C. Weyer : Un hombre se asoma a su pasado 460

F. Bret Harte : En la vieja California 420

Victoria Lincoln : La colina February 570

Ernest Dimnet : El arte de pensar 525

Ramón J. Sender : La esfera 525

J. Hergesheimer : Tampico 685

Virgilio Inama : La literatura griega 380

Edward J. Dent : Opera Franz Werfel : Primavera en otoño 380

Thomas Sharp : Urbanismo 305

Horacio Quiroga : Cuentos de la selva (ilustrado) 305

Heinrich Mann : Diana, Venus y Minerva (Las tres diosas) 3 vols. 570

Horacio Quiroga : Cuentos de amor, de locura y de muerte 305

O. Henry : Los cuatro millones 460

A 175 FRANCOS

Panait Istrati : Codine, Henri Collet : Albéniz y Granados.

LIBROS RECIBIDOS

* Nuestro amigo Franz Hellens, notable escritor belga recientemente distinguido con el premio de la Société des Gens de Lettres y del cual publicamos en estas columnas, hace dos meses, un interesante trabajo sobre Han Ryner, nos ofrece el recreo espiritual de un nuevo libro, en verso, que se titula *Le Diable et le Gendarme*, publicado en París por « Editions du Disque Vert ». Este volumen, esmeradamente presentado, contiene catorce cuadros dialogados (*Le Paradis, Mauvais temps sur la Terre, Le fratricide, L'Arche de Noé, Job, Jesús, La question, La Pucelle, Luther, Guignol, La Révolution, Ravachol, Temps Modernes, Le Nouveau Paradis*), con unas cien páginas de texto, cuyo precio de venta es 300 francos.

* Ediciones « Fasquelle », en su colección *Tels qu'ils furent*, ha publicado últimamente dos nuevos libros del historiador Jean Savant que responde a los títulos de *Tel fut le roi de Rome* y *Tel fut Ouvrard*. Ambos volúmenes corresponden a lo



que podríamos llamar crónica del Imperio, desarrollando con tan completo dominio del tema las peripecias del hijo de Napoleón como las de su providencial financiero, que se llamó Ouvrard. Comprende cada libro cerca de trescientas páginas de amena lectura y ofrece una copiosa relación de fuentes. Precio, 500 frs.

* Hervé Bazin añade a su ya larga serie de títulos el de *L'huile sur le feu*, novela que acaba de publicar la casa Grasset. El encanto del diálogo y el vigor de los personajes avaloran esta obra que autoriza a situar a Bazin entre los novelistas modernos de veta popular. 228 páginas, 495 francos.

* También ha publicado

la casa Grasset una cautivante novela de Edouard Peisson que lleva por título *Une femme*. Se trata una reedición — la décimoquinta — corregida y acompañada de un nuevo prólogo del autor. La obra por realista, puede parecer sombría pero es amena y aun emocionante. Más de 200 páginas, 420 francos.

* *L'Accusé*, de Alexandre Weissberg, publicado por la casa Fasquelle, es, entre los libros relacionados con el mundo bolchevique y sus horrores, quizá el mejor de los aparecidos después de la segunda guerra mundial. Weissberg, hombre de ciencia, había abrazado las ideas comunistas y quiso contribuir a su triunfo consagrándoles todo su entusiasmo. Eso le llevó a Rusia, donde, tras haber trabajado con denuedo, fué señalado como sospechoso, detenido, torturado. Las miserias policíacas, el relajamiento completo de la vida concentracionaria se describen en estas páginas con sencillez y precisión que conmueven. Cerca de 600 páginas, 875 francos.

Al aquí un nuevo ejemplar de lo que hoy se ha dado en llamar « novela río », traducción literal de lo que André Maurois, en el prólogo a una novela de Maurice Baring, llamó « roman fleuve ». Esta adjectivación sustantiva ha tenido un éxito rotundo y redondo. De manera singular, las dos últimas obras de los dos mejores novelistas españoles que existen en la hora actual, fluyen lenta y despaçosamente como los ríos en el trance más espaciado y sosegado de su curso. Dichas novelas, « puisqu'il faut les appeller par leur nom », son « Los Cipreses crecen en Dios », de Gironella, y « La vida como es », de Zunzunegui. Semejantes y distintas, ambas son en múltiples aspectos y conceptos, « Novelas ejemplares ».

El renacimiento de la novela picaresca en la generación norteamericana del siglo XX es un hecho real. Magne y Coindreau — sus mejores exégetas franceses, expertos asimismo en literatura hispánica — lo atestiguan paladinamente en sendos estudios concienzudos y sutiles.

El caso único y peculiar de Lesage con su « Gil Blas de Santillana », el siglo XVIII, repercute hoy de manera insólita en plurales novelas norteamericanas. La novela específica de Steinbeck, « Tortilla Flat », con su delicioso título mestizo hispano-americano, es, entre otras muchas que habrían de analizarse, la más representativa y aleccionadora.

Ello se explica al darse cuenta de que el país que mejor conoce a España en la hora actual, es Norteamérica. Prueba de este aserto, es que la lengua extranjera que tiene mayor aceptación, no es ya el francés, como lo fué en el siglo XIX, sino el español. Las tesis doctorales sobre temas lingüísticos y literarios españoles, superan netamente a las similares sometidas al examen de las Universidades europeas, incluyendo naturalmente a las españolas. El Renacimiento de nuestra castiza novela picaresca, no es, pues, un caso fortuito, como ingenuos o despitados pudieran suponer. Ante tal realidad, los novelistas alertas españoles, reaccionan a su manera. Y no a la del Padre Isla ante el caso esporádico de Lesage.

Es un truismo que, en esta hora fugitiva, la novela norteamericana es la que adquiere mayor extensión y resonancia en el ancho mundo literario. Los novelistas españoles del siglo XX, han tomado buena nota, singularmente Gironella, Carment Laforet, Zunzunegui y Cela. No tardarán demasiado los críticos en analizar meticulosamente la irradiación e influencia norteamericana en el feliz Renacimiento de la novela española, superficialmente inscrita bajo el trivial denominador de tremendismo. Los franceses lo han hecho ya cumplidamente a propósito de las novelas de Malraux, Camus y Sartre, que, a mi pobre juicio, ajeno a toda exaltación españolista, no son superiores al triunvirato peninsular de Cela, Gironella y Zunzunegui.

Todo Renacimiento es lo que es, y no lo que cada hijo de vecino cree o quiere. El Renacimiento de la novela picaresca en Norteamérica es, por razones obvias, distinto al de la novela picaresca española. Ambos difieren de la ruta iniciada por el Lazarillo, y afirmada, con éxito perenne, por Guzmán de Alfarache.

Así, pues, la última novela de Zunzunegui que lleva el título significativo de « Novela picaresca. En muy paladina lengua española », es una recreación de la mina que en un sector de sus « Novelas ejemplares », explotó como nadie el Príncipe de las letras españolas.

Digamos de antemano, sin pretensión doctoral alguna, que éste es el renuevo más vital y original de la solera antigua, a partir del siglo XVIII. Sin desdenar, en modo alguno, la picaresca pesimista de Baroja, y la más o menos retorcida de V. Inclán y Gómez de la Serna. El bautizo personal de sus personajes, como lo fué el de Cervantes en reiteradas ocasiones es ya un acierto. Su lista, que bien quisiera prodigar, es exhaustiva. La presiden « El Cotufas » y « El Yemitas », padre e hijo. De tal palo, tal astilla. Los lectores — que no yo — dirán si el hijo y discípulo supera a su padre y maestro. Son en todo caso, deliciosos ejemplares que se complementan.

Ya su anterior novela, « Esta oscura desbandada », preludia la ruta de « La vida como es ». Aquella era una novela de costumbres — de malas costumbres mesocráticas madrileñas —, con esguinces y atisbos picarescos. Algo así como « La vida de don Gregorio Guadaña », de A. Enriquez Gómez, atendidas las distantes y distintas circunstancias.

Zunzunegui tiene el acierto de abrir su diorama picaresco, en los aledaños de 1936. « Ahí me las den todas », como

dijo el otro. También Gironella en su novela fluvial de mayor curso todavía, hace lo propio. El novelista vasco se mueve a su albedrío, como el más auténtico discípulo de Galdós que, de honradas raíces vascongadas, puede y debe superar a su maestro. Que Zunzunegui sea discípulo de Galdós, es ya una verdad de Pero-Grullo; que sea su discípulo más aventajado, tal vez alguien se atreva a discutirlo; pero que, como todo discípulo excepcional, pueda ser algún día superior a su maestro, no me parece aventurado imaginarlo.

Algunos beocios le han acusado de un supuesto crimen: seguir las huellas del patriarca venerado y venerando de la novela española del siglo XIX. Ahora bien; Zunzunegui, apadrinado en sus novelas « de pequeño tonelaje » por su compatriota Unamuno, ha sido felizmente mecido y acunado por los manes de Galdós. Galdós y Unamuno son, como lo fué en el siglo XVIII Cadalso, nacido en Cádiz, que llamaba en verso a Vasconia « patria mía », egregios ejemplares vascos seducidos por el ángel, la gracia y el duende de Madrid.

Renueva este gran innovador, la novela picaresca y la novela galdosiana al propio tiempo. Por sí ello fuera poco, renueva aquí una vez más el léxico, con matices particulares. Con pleno dominio de la lengua castellana, quiere, porque puede, airearla. Prefiere, como Unamuno y como todo creador auténtico, el neologismo al arcaísmo, pero los enlaza y equilibra a todo lo largo y ancho de su obra, con arte consumado de quelebro y trampolín. ¿ Debe reprochársele que utilice golosa y reiteradamente la jerga gitano-madrileña? Tal parece a simple vista, pero, a medida que se avanza en su novela de 676 páginas, se adquiere el convencimiento de que es una exigencia documental imprescindible de escritor tan exigente y concienzudo como Zunzunegui. Y hasta hoy, es el índice más gráfico de la corriente y moliente « germanía » inscrita en todas las zonas de su área.

El ambiente del Madrid barriobajero no tiene secretos para él. Lo ama como lo amó Galdós, y sabido es que el amor es la fuente más clara del conocimiento. Su dominio del terreno que pisa en los bajos fondos madrileños, es totalitario. Galdós es a su vera, un observador no sofisticado, y Baroja abre un camino que Zunzunegui ensancha en amplias perspectivas.

La flor y nata del hampa madrileña

circula en estas páginas a través de diálogos sabrosos. Zunzunegui es, como pocos, dueño y señor del diálogo. Se mueve en él con cabal maestría, con pleno señorío. Maestro insuperado, hace que don Quijote pierda la paciencia oyendo a Sancho ensartar interminables hileras de romances. Pero su técnica es señera. Dime cómo hablas y te diré quién eres. Los personajes de « La vida como es », hablan no como fantoches, sino como hombres corrientes y molientes.

Y así, ya el título de la novela es un acierto. Por ella circulan hombres y mujeres como son por dentro y como son por fuera. Archisabido es que este novelista no improvisa. Su conocimiento de la briba y la gallofa es exhaustivo. Ha cerrado el camino por mucho tiempo a quienes pretendían seguir su ruta.

Algún día se analizarán doctoralmente la naturalidad, la soltura, la andadura de solera cervantina del diálogo de Zunzunegui. Ya sus novelas de cabotaje anunciaban la calidad de este piloto de altura. En esta novela es claro, natural y elegante al modo realista de los mejores clásicos latinos, en cuyas ubres ha mamado directamente. Agudo, denso y picante como Rojas, Cervantes y Quevedo, es, a lo largo de su valiosa obra, humorista a la manera no aprendida de Anatole France, observador al modo de Galdós y Dickens, analista de sutiles matices proustianos y sartrianos. Hay algo en esta novela, de Carmen — de Próspero Merimée —, que Zunzunegui conoce sobradamente. La escena navajera del Yemitas y El Pintao, recuerda por su verismo escalofriante y por sus contrastes celtíberos, el duelo a muerte de García-el Tuerto y de José Lizarrabengoa, « el navarro fino ».

Moraliza en contadísimas ocasiones y de manera más sutil que los personajes clásicos de novela picaresca. Deja esta misión circunstancial a D. Roque y a D. Epaminondas. Este D. Epa, define a España como « el país de los frustrados ». Es el español típico que a cada hijo de vecino le canta las cuarenta. Con vetas de Quevedo y de Baroja, tiene miga, este D. Epa, para quien quiera masticarla a partir de la página 400. Pero Zunzunegui, fino catador, sabe bien que el máximo defecto de la novela picaresca es su afán moralizador, y no abusa como Mateo Alemán, su Pontífice máximo.

Es novelista cabal. Hecho y derecho. El menos joven de los nacidos en el siglo XX, su obra, paladinamente superior en cantidad a la de sus congéneres, encuentra pocos exégetas que regateen los quilates de su calidad. Es el más dinámico y fecundo, y va siendo hora de que se rindan los honores merecidos a su maestría y a su precoz veterania.

Estilo familiar, suelto y ceñido. Noble y libre, ágil, felino y ondulante, rompe y rasga, araña y acaricia como un gato, como sus dilectos personajes en las altas y claras noches madrileñas.

Novela larga que no pesa, porque fluye esta novela fluvial, con la soltu-



ra y naturalidad del río. Puede y sabe volar como no muchos, cuando quiere. Pero en « La vida como es » se desliza a ras de tierra con el Cielín, la Encarna y toda la caterva « ejusdem furfuris ». Novela en armoniosa concordancia de voces y contrapuntos, marca un hito en la producción de Zunzunegui. Hito de plenitud y madurez sin el menor asomo de declive.

A pesar del auge de la novela norteamericana y de su irradiación en múltiples sectores, Zunzunegui sigue fiel a normas que en Faulkner y Caldwell han periclitado. Sabe crear una atmósfera, desenvolver una intriga, entablar sabrosos diálogos plurales, matizar caracteres, dar vida a sus personajes y conseguir que nos interese en ellos.

Delicioso cock-tail de múltiples esencias y culturas, con gusto y regusto específicamente hispanos, pisa Zunzunegui con pies de plomo. Su estructura es sólida y segura. Vuela cuando quiere y como quiere, sin pretensiones aquilinas. Fina espada, se pliega y despliega y no se rompe.

No sé si pretende o no, acortar la distancia que separó del gran público a novelistas como Valle-Inclán, Pérez de Ayala, Baroja y Unamuno. En todo caso, es cierto que este escritor exquisito y refinado se complace en el pueblo sin el menor intento de adularlo ni explotarlo.

Cuando me preguntan quienes saben que Zunzunegui me apasiona, cuál es su mejor novela, respondo lo que digo ahora sin que me lo pregunte nadie: la última. En el panorama de la novela española renaciente, puede confiar que se realice en él la frase adversa a quien la lanzó a los cuatro vientos de la rosa: « El tiempo y yo contra otros dos ».

Julio de Huici

Diccionario de la Intimidad Española

ABANICO

Artefacto ideado para la función determinada de hacerse aire, adquirió después la de servir a las mujeres de objeto de coqueteo y a los hombres de instrumento para comunicar sus reconocimientos e impacencias amorosas.

No vale la pena de comentar la primera circunstancia, la cual se refiere a todas las mujeres del mundo que gastaron, gastan y gastarán abanico: en posesión de una prenda de intimidad tan llamativa como la del abanico, la mujer (que « hace fuego de toda leña », como dicen en Francia) no podía menos de sacar de ella el mejor partido. Así, simulaba con el mueble esconder unos rubores que no existían, fingía utilizarlo para castigar al que había aventurado alguna inocente osadía, ponía las varillas ante sus ojos, en gesto equívoco y agrídulce que dejaba al hombre en dudas de si había o no había mirado, lo agitaba justo en el momento de tener que dar una respuesta (que a buen seguro hubiera sido pura vacuidad), lo esgrima a manera de escudo contra el amador con ganas de hociquear; o, en

fin, lo manejaba con gestos estudiados que la taimada sabía definitivos para poner a los galanes en el disparadero.

El hombre español, que también hace fuego de toda leña cuando se trata de utilizar toda ocasión para dejar correr su flujo poético, vió en el abanico, un útil precioso, ideal. El abanico, un objeto tan gracioso, tan ligero, tan... airoso; un objeto en manos de la amada... Aquello se le aparecía al español, al pobre español, a este animal en trance constante de lirismo barato, como un verdadero arsenal, o bazar, o expenduría, o factoría, o tienda, o granero,

Leed la revista mensual

CENIT

Ciencia - Sociología - Arte
4, rue Belfort, Toulouse.

o escaparate, o... ; qué sé yo ! ; como un almacén de metáforas ! Y el abanico fué mariposa que jugaba a posarse sobre el seno de la adorada, fué ahuyentador de suspiros, fué guardador de secretos, fué pavo real, fué carnaval de colores, fué canchero de pechos de mármol, fué música compasada, fué juguete, fué vehículo, fué rival, fué aura divina, fué ola tumultuosa, fué... mil y mil cosas más, y todas tiernas o duras, suaves o ásperas, dulces o amargas, blancas o negras, redondas o cuadradas; y todas delicadas y, en una palabra, poéticas.

En el panorama de la intimidad del hombre español, y en particular en lo que toca al sentimiento insubstancial, el abanico ha tenido siempre una gran importancia. Es posible que esta invención (de tan dudosa utilidad... útil) vaya desapareciendo; aun en España ya no parecía gozar en estos últimos años del predicamento de que gozó antaño. De cualquier modo, mientras haya en España mujeres que se abaniquen habrá jóvenes que escriban versos... ; perdón !, quiero decir: que entretengan amorosas estrofas entre las varillas delicadas y sonoras del alado utensilio.

J. Cañada Puerto

REMIZOF

H terminado por ir a verle. En su puerta, una tarjeta de rara caligrafía indica : « Llamad fuerte ». Oigo un paso ligero detrás de la puerta, la cual se abre seguidamente. Reconozco la misma estatura exigua, aun más menuda y curvada, como si no hubiese abandonado la lectura, con su voluminosa cabeza china y una sonrisa encantadora e infantil. Me conduce por un pasillo largo y sombrío hacia la habitación en que duerme y trabaja. Entre los estantes de libros, las paredes, de arriba a abajo, están cubiertas de cuadros abstractos, compuestos éstos de recortes de papel pegados que me recuerdan los ricos bordados chinos o los dibujos de Pablo Klee. Los tabiques tienen así reflejos plateados y rojos. Remizof me acomoda en un canapé y él mismo toma asiento frente a mí en una mesita sobre la que aparece un descomunal tintero.

— ¿De qué vive usted? — le pregunté descaradamente después de un instante de conversación.

— Hay — responde — mayor número de buenas personas que uno se imagina. Estas son las que se ocupan de mí. Si supiera usted lo agradable que es trabajar en un silencio verdadero y una soledad completa. Desde hace años apenas salgo de casa. ; Y no estoy poco contento de vivir en la calle de Boileau ! Boileau es quien ha escrito sobre el Arte poético. ; Ah ! ve usted, los franceses saben servirse de la palabra, saben lo que es el verbo. Nosotros, los rusos, no nos preocupamos más que del contenido, y pocos son los que comprenden... O bien, hay genios como Dostoievsky y Tolstol, a los cuales, escriban como quieran, todo les sonríe.

Los manuscritos inéditos de Remizof, tan bellos, escritos con una caligrafía desusada, ilustrados por el autor, cubiertos con raras encuadernaciones de su propia creación, representan tal vez un retorno hacia la literatura íntima de los manuscritos que Rozanof recordaba con tanto calor : esa literatura no hecha para los premios Goncourt, ni para los best-seller americanos, ni para las ediciones monstruos del Gesizdat soviético.

La reducida tirada de los libros de Remizof, los títulos insólitos, el estilo extraño y difícil, todo eso puede hacer sonreír a un lector superficial o promover la despreciativa piedad de los hombres que sólo piensan en ediciones masivas, en el reclamo aparatoso, en los grandes beneficios. Mas yo pienso que libros como los de Remizof son los que permanecerán, mientras que millones de volúmenes impresos bajo el influjo de un poder, una coyuntura o una opinión de masa, irán convirtiéndose en polvo.

Este infatigable escritor de 76 años de edad, que debe buscarse a tientas la abertura del tintero y está obligado a tocar el extremo de su cigarrillo para poderlo encender, escribe sin descanso y alinea en su biblioteca los volúmenes manuscritos grabados por el trazo grueso de una tinta cargadamente negra. Rodeado de sus libros, sus papeles pegados — y su círculo restringido, muy restringido, de amigos verdaderamente serviciales, arrancados

Le directeur-gérant: F. Gómez.

Société Parisienne d'Impressions, 4, rue Saulnier, Paris 9^e



Redacción y Administración: 24, Rue Sainte-Marthe. PARIS X^e.

Teléf. BOT. 22-02

EUGENIO O'NEILL

dramaturgo de Norteamérica



ON Eugenio O'Neill, muerto recientemente, Norteamérica ha perdido el más señalado de sus dramaturgos, un poeta de la escena de incomparable potencia verbal, un trágico que expresaba por medio del teatro moderno los aspectos sombríos y demoníacos de la naturaleza humana.

El teatro de O'Neill no es en modo alguno la continuación ni la combinación de elementos preexistentes ; es el reconocimiento en sí mismo de un modelo de hombre incitado por la conciencia dramática. Si se llama genio a la facultad de ofrecer sentido y figura a una época, O'Neill era el genio del teatro norteamericano. A través de su obra — que tantos estilos diversos ha reunido, desde el naturalismo al expresionismo y desde la pintura social al estudio psicoanalítico — el drama americano se ha construido una tradición y al propio tiempo la ha sobrepasado.

O'Neill supo realizar en su país el trabajo que asumiera en Europa toda una pléyade de autores y una serie de movimientos diversos ; supo verter a la lengua de Nueva Inglaterra el espíritu de la antigua tragedia y renovar el expresionismo alemán con el drama negro de « El emperador Jones ». La labor no era fácil. Le fué preciso introducir a Freud y a Jung en un mundo de tradicional pensamiento de colonia puritana e imponer los signos totémicos de Oceanía en la América de los drugstores y de los vagones Pulman. O'Neill consiguió trasplantar a Nueva York el espíritu de París y de Viena, de Atenas y las islas Caribes, y, sin embargo, no dejó de ser un autor norteamericano que, en su propia lengua, prestando a ésta la pujanza de su verbo poético, se dirigía a sus auditores.

O'Neill nació en Nueva York en 1888, hijo de un actor de origen irlandés. Estudiante en Princeton, fué expulsado de la Universidad como consecuencia de su indisciplinada conducta, embarcándose luego en un vapor mercante. A los 24 años ingresó en la compañía teatral de los Provincetown Players. Esta colaboración fué de resultados fecundos ; su primera obra de dimensión fué « Tras el horizonte », en 1920. Luego aparecieron « Ana Christie », « El deseo bajo los olmos »,

por Hans Sahl

« Extraño intermedio » y otras obras hoy universalmente conocidas, a las cuales se añadieron : « El luto favorece a Electra » y « Los días sin fin ».

En 1936, O'Neill fué laureado con el Premio Nobel de literatura. No obstante, ocurre con él lo mismo que ocurrió en otro tiempo con Melville ; hay siempre alrededor de esa « otra América » cierta atmósfera de erotismo por la cual los grandes hombres no son nunca completamente aceptados en vida. O'Neill, a los ojos del vasto público, resulta demasiado experimental, demasiado intelectual en esa tentativa que hace de la escena una cámara de explosiones para conflictos metafísicos, y que introduce una concepción trágica extraña a la tradición americana.

Que el destino pueda ser más fuertes que los hombres ; que las potencias de las tinieblas — de las cuales no tenemos la posibilidad de librarnos — queden suspendidas sobre nuestras cabezas ; he ahí unas ideas difíciles de entrar en la imagen optimista que los norteamericanos se hacen del mundo y de las posibilidades indefinidas del hombre. De

igual modo, la atención que O'Neill presta al amor sexual en cuanto degenera en furor y se erige como centro de los problemas de la existencia, no concuerda mucho con el puritanismo.

Y sin embargo, nadie mejor que O'Neill ha presentado un tipo de hombre modelado por el duro trabajo y por las estrechas imposiciones sociales. En su obra aún insuperada « El deseo bajo los olmos », todo es insurrección : las pasiones antiguas se revelan semejantes a las estatuas heredadas de la prehistoria y que resultan demasiado macizas para nuestro tiempo. Y cuando, en fin, el viejo Cabot suelta sus rebaños y derriba los muros de piedra de su casa, parece verse el furor de una divinidad pagana desencadenado sobre los campos cristianos de Nueva Inglaterra.

Indudablemente, las obras de O'Neill no son tragedias en el clásico sentido de una rebelión del individuo contra los riesgos que le amenazan ; los personajes de O'Neill son, frecuentemente resignados a su suerte antes de que el telón se levante ; víctimas pasivas de una providencia que les ha condenado, asisten a su desgracia, decidida con notoria anticipación, y el drama no representa otra cosa que el canto del cisne. Y si las obras, por su fatalista aceptación de lo inevitable, parecen poco americanas, en modo alguno dejan de brotar del suelo fecundo del Nuevo Mundo ; pues América es un país en el que la lucha del hombre contra la naturaleza — o contra esta segunda naturaleza que es la técnica — ha creado una especie de predisposición a lo excepcional y una actitud metafísica favorable a la irrupción de lo irracional en su universo racionalizado. En ese sentido, O'Neill es tal vez el autor más norteamericano de los Estados Unidos. En él no hay compromisos con el misterio, nada de medias soluciones ni espectaculares búsquedas de lo absoluto. El hombre, en sus obras, se confía a fuerzas tan desmesuradas que el continente mismo y las pasiones que lo destruyen, representan la dimensión de un terremoto.

« Ensayo siempre — escribía O'Neill — de tomar conocimiento de toda cosa (destino, dios, herencia ; siempre misterio) y me esfuerzo por presentar la tragedia eterna del hombre en su lucha destructora, la tragedia del hombre que quiere ser portador y médium, no un animal cualquiera colocado en el terreno de lo posible. »

por JOSE CZAPSKI

de su mundo natal, como él, por la soledad y la miseria — Remizof ha conseguido conservar en el destierro, a pesar de todas las acechanzas y todas las humillaciones que envuelven al emigrado, un corazón caluroso y fuerzas creadoras intactas.

« Al cabo de algún tiempo — escribía Rozanof — la expresión se convierte en una luz del espíritu a la cual nada puede compararse. No es aventurado afirmar que ciertas trasluminaciones, entre las más altas, son de imposible alcance sin humillaciones previas ; que ciertos hechos absolutos del espíritu quedan definitivamente escondidos para quienes no han conocido más que el triunfo y han estado siempre en el machito ».

Así, la humillación inherente a toda emigración que dura, no ya meses, sino años, no engendra únicamente querellas, rencores y odios, sino también, engendra la luz.

Contra más pienso en la emigración de Remizof, más convencido estoy de que, en el desierto del exilio, un hecho creador de ese género, es la justificación suprema del vivir errante. El más ruso de los escritores se ha hecho universal por la fidelidad a su país y por su pasión creadora.

Fondo y meta de la Filosofía



Sabide es que la Filosofía constituye la más profunda originalidad de la cultura de Occidente. En el inmenso mundo de Oriente no hay propiamente Filosofía, es decir, un saber constituido con las notas de lo que entendemos como tal. No cabe la ingeniosa explicación de que nosotros, los occidentales, hayamos avanzados más

en el camino de un hipotético « progreso » ; si ellos, los orientales, no llegaron a constituir una Filosofía en la forma en que ha encontrado su esplendor en Occidente es, sin duda, porque desde su actitud frente a la realidad no les era posible llegar a ella, más aun, porque no la han necesitado. Ya que la Filosofía occidental con su diversidad de doctrinas y de « Sistemas » responde a una honda necesidad de la mente y más allá de la muerte, de la vida que dirige y guía la mente.

La condición de la existencia de la Filosofía está dada por alguna necesidad vital inaplazable, pues no emprende el hombre trabajos tan duros si no le mueve a ello la necesi-

dad. Pero la necesidad que es tan amplia que pudiera definir la condición misma del ser humano, llega a tomar una forma la más alta, la más noble entre todas : el Amor. Y así, si acudimos a los orígenes de la Filosofía, en Grecia, bien pronto encontramos que es el Amor, lo que reside en su fondo primero y su meta última. Y aun más ; nació el Amor en su forma occidental también, al mismo tiempo que la Filosofía y en ella, hasta el punto de ser el Amor una creación filosófica.

Y así en la vida oriental donde no existe propiamente Filosofía, el Amor, tal y como ha vivido desde Platón — más o menos platónicamente — no parece haber existido tampoco. El alma humana vive sumergida en algo más absorbente : la adoración. La adoración nacida de la esclavitud, de la entera entrega del ser, un objeto que no le deja ni le permite resquebrajar algo, que no le permite « existir ». Mientras que el Amor nacido en la Filosofía es el afortunado pacto entre la entrega total del ser en esclavitud y su existencia en libertad. Dios mediador, el Amor permite la adhesión del ser humano a un objeto que lejos de absorberle por entero, le hace ser, le exige que alcance — él también —, su ser, vale tanto su libertad.

Una cuartilla de Maria Zambrano